UAEMéx

HIJOS DE ALGO

Emanuel Elías Sánchez



PREMIO
INTERNACIONAL DE NARRATIVA
IGNACIO MANUEL
ALTAMIRANO

Emanuel Elías Sánchez

Nacio en Buenos Aires, Argentina (1986). Vive en Merlo, provincia de Buenos Aires, y es estudiante avanzado de la Licenciatura en Comunicación Social en la Universidad Nacional de La Plata. Escribe narrativa, poesía y microficción. Su obra vuelve una y otra vez sobre lo que pasa de una generación a otra sin que nadie lo nombre: el silencio entre padres e hijos, los mandatos heredados, aquello que los registros oficiales no alcanzan a contar.

Su obra ha sido distinguida con el primer premio del Concurso de Relato Corto de la Casa de Castilla-La Mancha de Parla (Madrid); el XV Premio de Literatura Experimental Sporting Club Russafa (Valencia), por el poemario *Inventario de lo que permanece*, y el segundo lugar del V Premio Internacional de Novela Ciudad Ibera de Tugia, por *La daga de Tugia*.

Bajo el seudónimo Cyber Náufrago, desarrolla un universo de ciencia ficción ambientado en una Buenos Aires futura y anegada, con el que ganó el Certamen Memorias de Cromañón y fue finalista del VI Concurso Letraheridos (Barcelona). Sus textos se han publicado en revistas y antologías de Argentina, México, Chile, Uruguay, Honduras y España.



HIJOS DE ALGO

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES
UNIVERSITARIAS
**Editorial de la Universidad Autónoma
del Estado de México**

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

Doctora en Estudios Latinoamericanos
Cynthia Ortega Salgado
Secretaria de Identidad y Cultura

Licenciada en Diseño Gráfico
Adriana Juárez Manríquez
Directora de Publicaciones Universitarias

23.º Premio Internacional de Narrativa
"Ignacio Manuel Altamirano"
2026

Jurado Calificador:
Iliana Olmedo
Adán Medellín
Adán Brand



PREMIO
INTERNACIONAL DE NARRATIVA
IGNACIO MANUEL
ALTAMIRANO

Emanuel Elías
Sánchez

HIJOS DE ALGO

Universidad Autónoma del Estado de México

"2026, Conmemoración del ingreso de la científica y académica Elena Cárdenas Guerrero al Instituto Científico y Literario"

Este libro fue positivamente dictaminado con el aval de dos revisores externos, conforme al Reglamento de la Función Editorial de la UAEMÉX, y fue sometido a un proceso de identificación de duplicidad de la información mediante un *software* especializado.

Primera edición, octubre de 2026

Hijos de algo

Emanuel Elías Sánchez

D.R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro
Toluca, Estado de México
C. P. 50000
Tel.: 722 481 1800
http://www.uaemex.mx

Registro Nacional de Instituciones
y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233

Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en:
http://ri.uaemex.mx

ISBN: 978-968-9796-11-4

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de su autor.

Coordinación editorial: Elisena Ménez Sánchez.
Corrección de estilo: Elisena Ménez Sánchez
y Mitzi Citali Garay Carmona.
Coordinación de diseño: Luis Alberto Maldonado Barraza.
Diseño y formación: Concepción Contreras Martínez.
Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza.

Presentación

La literatura permite comprender el mundo, interrogarlo y transformarlo. Leer acerca a otras experiencias y abre, mediante la palabra, un espacio para la reflexión, el diálogo y el reconocimiento de aquello que nos vincula. Escribir es un ejercicio de libertad, imaginación y pensamiento crítico, también es una manera de preservar la memoria y ensanchar los horizontes de lo posible.

Para la Universidad Autónoma del Estado de México, fomentar la lectura y fortalecer la creación literaria forman parte esencial de su responsabilidad cultural y de su vocación humanista hacia la retribución social.

Hijos de algo participa de esta visión mediante una narrativa que explora zonas complejas de la experiencia humana. Los cuentos de Emanuel Elías Sánchez articulan memoria, identidad y vínculos familiares; conducen hacia secretos, ausencias, herencias y conflictos entre generaciones, y construyen una unidad alrededor del recuerdo y de la búsqueda del reconocimiento de sí mismo en los otros, al confrontar el pasado no elegido con el presente.

En el marco de la vigésima tercera entrega de la distinción del Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano", la publicación de esta obra contribuye no sólo a reconocer la creación literaria de autores contemporáneos, sino también a nutrir la bibliodiversidad para que nuevas voces encuentren lectores que participen en la conversación de nuestro tiempo.

Así, con la edición de *Hijos de algo* celebramos la palabra como patrimonio vivo y refrendamos el compromiso de la UAEMÉX tanto con la cultura escrita como con quienes, mediante la creación literaria, enriquecen la vida cultural, amplían nuestra sensibilidad y abren caminos para el encuentro entre generaciones.

Deseamos que estas páginas encuentren en cada lectora y lector una nueva forma de pensar y vivir la memoria, de reconocer las huellas de lo heredado y de descubrir, en la literatura, la libertad de imaginar otros destinos.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

Hidalgo *(de hijo de algo):*
Persona que recibe de sus mayores algo que no pidió y que no puede devolver.

A quienes heredaron el silencio
y un día abrieron la caja

I
Herencias de sangre

El gen del abandono

La alarma del miércoles dice: Nueve días.

Rodrigo la puso hace un año, cuando Valentina cumplió ocho y él pasó la noche despierto haciendo la aritmética que ya conocía de memoria: su abuelo Ernesto se fue cuando su padre tenía siete años y nueve meses. Su padre se fue cuando él tenía ocho años y tres meses. Los dos se fueron en marzo. Los dos dejaron una carta. La de su padre decía que no era culpa de nadie, que era algo que le pasaba, que lo sentía mucho. Rodrigo la leyó a los diecisiete. La de Ernesto nunca apareció, pero eso tampoco cambiaba nada.

Rodrigo borró la alarma y puso otra. Ocho días.

***

Valentina come cereal parada frente al refrigerador. Tiene exactamente el mismo hábito de su madre: abrir la puerta, quedarse mirando el interior iluminado como si fuera a aparecer algo nuevo, y volver a cerrarla sin sacar nada. Ya tiene nueve años en la cara, aunque todavía no los tiene en el calendario. Rodrigo lo nota en la manera precisa en que sostiene la cuchara metálica, en que ya no derrama absolutamente nada, en que mastica con la boca cerrada sin que nadie se lo haya enseñado.

—Papá, ¿hoy trabajas hasta tarde?

—No sé.

—El martes trabajaste hasta tarde.

—El martes era martes.

Valentina lo mira. Tiene los ojos de su madre, pero la forma de mirar es de él, esa paciencia calculada, el tiempo que se toma entre lo que escucha y lo que decide.

—¿Qué significa eso? —pregunta.

—Que hoy es jueves —dice Rodrigo.

Ella cierra el refrigerador por fin y se va a sentar a la mesa con el tazón. Rodrigo se queda de pie junto a la estufa con el café en la mano y escucha el sonido de la cuchara contra la cerámica y piensa: ocho días.

***

Lo que Rodrigo sabe realmente de su abuelo Ernesto proviene de tres fuentes específicas: una fotografía antigua, los vagos relatos de su madre y una conversación aislada con un primo segundo al que vio una sola vez en un velorio.

La fotografía: Ernesto de pie junto a un coche azul, en algún año de los sesenta que Rodrigo no puede precisar. Tiene la mano izquierda apoyada en el techo del coche con una familiaridad que parece amor. No mira a la cámara.

Su madre: "Era un hombre que simplemente no podía quedarse quieto. No era por maldad. Era más bien como una fiebre oscura que le subía por el cuerpo".

El primo segundo, en el velorio de una tía a la que Rodrigo apenas conocía, bebiendo un vaso de refresco junto a la fuente del jardín: "Mi papá siempre decía que el tuyo era igualito al abuelo: que cuando se les metía algo en la cabeza, ya no había ninguna manera de sacárselos".

Rodrigo tiene cuarenta y un años. Lleva once viviendo en esta casa, nueve de ellos con Valentina. Nunca ha sentido fiebre. Nunca ha sentido que algo se le meta en la cabeza. Lo que siente es otra cosa: una vigilancia constante, como si su propio cuerpo fuera un territorio que hay que monitorear, una frontera que puede traicionarlo en cualquier momento.

Las alarmas empezaron cuando Valentina tenía cuatro años. Primero en el celular, luego en papel, luego de nuevo en el celular cuando perdió el papel. No son alarmas para recordar algo. Son alarmas para ver si sigue ahí.

***

El jueves por la noche, después de que Valentina se durmió, Rodrigo abrió una carpeta en su computadora que se llama Presupuestos 2019 y que no tiene ningún presupuesto adentro. Tiene diecisiete archivos de texto, numerados, sin título. Los abrió en orden.

El primero de los archivos dice: 3 de enero. Hoy tuve ganas de manejar sin rumbo. Manejé al súper y compré arroz.

El cuarto: 17 de febrero. No sé si lo que siento es lo que sintieron ellos o si solo estoy buscando síntomas donde no los hay. Valentina aprendió a decir "mariposa" y lo dijo seis veces seguidas en la cena. Cecilia se rio tanto que se le salió el agua.

El undécimo: 9 de agosto. Soñé que me iba. En el sueño no había motivo. Solo había una maleta ya hecha y la puerta abierta y yo del lado de afuera. No sentí alivio. No sentí culpa. No sentí nada, y eso es lo que me asusta más, que en el sueño no sentí nada.

El decimocuarto registro indica: 3 de noviembre. Valentina me preguntó hoy si yo iba a estar en su fiesta de cumpleaños; le dije que sí. Me preguntó si también el año que viene; le dije que sí. Me preguntó si siempre; le dije que sí. Ella dijo: "¿Prometido?", y yo dije: "Prometido", y entonces fui al baño y estuve cinco minutos con la llave abierta para que no me escucharan.

El decimoséptimo, el último y también el más reciente: 28 de febrero. Faltan nueve días. No sé por qué sigo escribiendo esto. Sigo escribiendo esto porque si dejo de escribirlo me parece que dejo de vigilar, y si dejo de vigilar

La oración no termina. Rodrigo la escribió así.

Rodrigo cierra los archivos sin leer el decimoséptimo de nuevo. Ya lo conoce. Los escribió él.

***

El viernes Cecilia le pregunta si ya pensó en lo de la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La de Valentina. Rodrigo, por Dios, ya son nueve años.

—Lo sé.

—¿Lo sabes o lo dices?

Cecilia tiene esa forma de preguntar que mide antes de hablar, que calibra el peso de lo que dice como quien pesa una fruta en el mercado antes de ponerla en la bolsa. Llevan doce años juntos y Rodrigo todavía no sabe si ella lo conoce bien o si simplemente ha aprendido a leer sus silencios como uno aprende a leer el clima: sin entenderlo, pero con suficiente precisión para no salir sin paraguas.

—Podemos hacer algo pequeño —responde Rodrigo, midiendo sus propias palabras—. Los González, los Reyes, o tal vez los niños de su clase.

—Son dieciséis niños de su clase.

—Lo sé.

—¿Eso es pequeño para ti?

Rodrigo deja el vaso en el fregadero. Afuera el patio tiene la luz de las seis de la tarde en marzo, esa luz plana que no da sombras, que hace que todo parezca recortado y pegado.

—Voy a hacer las llamadas mañana —dice.

Cecilia lo mira un momento y luego regresa a lo que estaba haciendo, que era revisar algo en su celular. Rodrigo se queda mirando el patio y cuenta: siete días.

***

El número está guardado como Dr. Fuentes. Lleva ahí dieciséis meses. Rodrigo lo marcó una vez hasta el último dígito y colgó antes del primer tono.

Hay gestos suyos que observa como si fueran de otro: la pausa antes de responder, la mano que va a la llave de la cocina cuando está de pie pensando en algo, la forma en que a veces se queda en el coche unos segundos después de llegar a casa sin razón aparente, sin prisa, sin ningún lugar a donde ir.

Hace ocho años, cuando Valentina tenía meses y los dos estaban exhaustos en la cama sin poder dormir, le dijo a Cecilia: "Mi abuelo se fue. Mi papá se fue. Hay algo en esta familia que no funciona".

Cecilia no dijo que eso no era cierto, dijo: "Tú no eres ellos".

Rodrigo no respondió porque no supo si eso era cierto o si era simplemente lo que ella necesitaba creer.

***

El sábado Valentina tiene práctica de futbol. Rodrigo la lleva y se sienta en las gradas con los otros padres y la mira correr. Valentina no es buena en el futbol, pero tampoco es mala: es la clase de jugadora que entiende dónde tiene que estar, pero que llega siempre un segundo tarde, como si el cuerpo tardara en procesar lo que la cabeza ya decidió.

A su lado, un padre que Rodrigo no conoce bien, uno de los González o los Reyes, comenta algo sobre el calor. Rodrigo responde. Intercambian tres frases sobre el clima y luego los dos se quedan en silencio viendo a sus hijas en el campo. El hombre tiene el gesto fácil de alguien que no revisa sus propias manos buscando señales. Rodrigo lo mira un momento y vuelve al campo.

Rodrigo piensa: ella tiene mi tiempo de reacción.

Luego: ¿cuántas cosas tiene mías que no sé que tiene?

La entrenadora le grita que se mueva a la izquierda y Valentina se mueve hacia la izquierda sin siquiera mirar a la entrenadora, ya sabiendo lo que debe hacer; por un instante fugaz controla el balón con una seguridad que nunca había mostrado antes, lo pasa limpio directo al centro del área; el equipo finalmente anota, los demás padres estallan en aplausos y Rodrigo también aplaude acompañándolos, pero lo que verdaderamente siente en las palmas es algo muy parecido a cuando uno escucha de pronto una canción que no sabía que conocía.

Seis días.

***

El domingo Rodrigo llama a su madre.

No hablan seguido. Su madre vive en Querétaro con su segundo marido, un hombre tranquilo que se llama Jorge y repara aparatos eléctricos en un local de la colonia Cimatario. Rodrigo le tiene afecto sin saber exactamente por qué.

—¿Cómo está la niña? —pregunta su madre.

—Bien. Está cumpliendo años el viernes.

—Ya lo sé. Le mandé una cosa por Amazon, dile que revise con su mamá.

—Le digo.

Silencio. Su madre tiene el hábito de los silencios largos, la clase de silencio en el que uno puede quedarse parado sin propósito, como en un cuarto vacío que nadie ocupa, pero tampoco cierra.

—Mamá —dice Rodrigo.

—¿Qué?

—¿Mi papá dijo algo antes? ¿Hubo algo que tú vieras?

Su madre tarda. Rodrigo conoce ese silencio: es distinto a los otros.

—¿Por qué me preguntas eso ahorita?

—Por nada. Por el cumpleaños. Me puse a pensar.

—Rodrigo.

—¿Qué?

—Tu papá no tenía nada que tú tengas. Tu papá era simplemente un hombre al que no le gustaba para nada sentirse incómodo, y la verdad es que nosotros le causábamos una profunda incomodidad. No es lo mismo.

—¿Cómo sabes lo que yo tengo?

—Porque eres mi hijo —dice su madre, con la precisión de alguien enunciando un hecho geográfico: la distancia entre dos ciudades—. Y porque llevas diez años preguntándome lo mismo de formas distintas.

Rodrigo no dice nada.

—Haz la fiesta —dice su madre—. Compra el pastel que le gusta, el de chocolate con cajeta, y haz la fiesta.

***

El miércoles por la noche Rodrigo no puede dormir. Son las dos y media y Cecilia respira a su lado con esa regularidad que él ha estudiado durante doce años como se estudia una lengua extranjera: sin llegar nunca a pensarla desde adentro.

Se levanta. Va a la cocina. Bebe agua de pie junto al fregadero.

Dos días.

Se sienta en la silla que está junto a la ventana que da al patio. La luz de la calle entra en un ángulo que ilumina el piso de una forma que a él siempre le ha parecido equivocada, demasiado fría para una casa que de día es cálida.

Piensa en su padre. Lo hace con menos frecuencia de lo que la gente esperaría. Su padre se llama Aurelio y vive en Mérida con una mujer que se llama Irma y tiene dos hijos menores con ella, lo que significa que en algún momento Aurelio volvió a intentarlo. Rodrigo no sabe si eso lo consuela o lo perturba más: que el mismo hombre que no

pudo quedarse con él sí pudo quedarse con otros; que el defecto, si era un defecto, tenía límites, dirección, destinatarios específicos.

Piensa en su abuelo Ernesto junto al coche azul, en la mano izquierda sobre el techo con esa familiaridad que parece amor. En la fotografía no hay nadie más, ninguna mujer, ningún niño, solo el hombre y el coche y algún fondo de calle que podría ser cualquier ciudad.

Tiene muchísimas fotos con Valentina. Cientos de ellas. Están guardadas en el celular y en la computadora, y además hay una impresa, exhibida dentro de un marco que le regalaron a Cecilia durante su *baby shower*, la cual cuelga en la pared del pasillo, aunque a estas alturas el marco ya está un poco chueco.

Saca el celular. Abre la alarma que dice: Dos días. Tiene el dedo sobre el ícono de la papelera. No la borra.

Abre en cambio la carpeta Presupuestos 2019. Crea un archivo nuevo, el decimoctavo de la lista. Teclea la fecha correspondiente. A continuación, escribe: Valentina me pidió hoy que le enseñe a manejar cuando cumpla quince. Le dije que sí. Me preguntó si para entonces todavía iba a querer. No supe qué responderle. Ella tampoco esperó respuesta. Siguió comiendo y puso la televisión y

La oración no termina.

Rodrigo deja el celular boca abajo sobre la mesa y se queda mirando el rectángulo negro de la pantalla apagada.

La cara del violador

La nariz se la dejó él.

Eso fue lo primero que pensó Natalia cuando cerró la página del buscador de personas privadas de la libertad y se quedó mirando la pantalla en blanco. No pensó en él. No pensó en su madre. Pensó detenidamente en esa nariz, que es ancha en el puente y se afina hacia la punta de una manera que Natalia siempre había considerado particular, intrínsecamente propia, inconfundiblemente suya. Caminó despacio para ir a buscarla frente al espejo del baño, un cristal bastante pequeño y que por desgracia está muy mal iluminado, y allí se quedó de pie un largo rato mirándose.

La nariz era la misma de siempre.

***

Hace tres semanas su madre llamó desde Culiacán para decirle que había algo urgente que necesitaba saber. Natalia supuso de inmediato que se trataba de alguna enfermedad. Su madre tiene sesenta y dos años, fuma sin parar desde los dieciséis, y hay en esa combinación tóxica una lógica fatal que Natalia ya había venido anticipando. Pero no era un diagnóstico médico. Era un hombre que se llama Aurelio Mena Bracamontes, que cumple una condena de dieciséis años en el penal de Aguaruto, y que es su padre biológico.

Su madre habló durante cuarenta minutos. Natalia escuchó con el teléfono apoyado entre el hombro y la oreja mientras lavaba los platos del desayuno, porque tenía que

hacer algo con las manos. El hombre era novio de su madre antes de que ella conociera a Eduardo, que es el padre de Natalia, el único padre, el que vive en Culiacán con su madre y padece diabetes, pero a pesar de ello cuida con esmero un jardín pequeño en el que siempre está pasando algo que requiere su atención: una plaga repentina, un problema crónico con la presión del agua o algún árbol caprichoso que hay que podar antes de que el peso excesivo de sus propias ramas termine por doblarlo. Eduardo llama a Natalia los domingos y habla del jardín como otros hablan del trabajo o de los hijos.

La historia que su madre contó tiene una lógica interna, fechas que cuadran, nombres que Natalia no conocía. No sonó a mentira. Sonó a algo que había estado guardado en un lugar muy específico durante treinta años y que su madre había sacado con cuidado, como se saca algo frágil.

Cuando su madre por fin terminó de hablar, Natalia simplemente dijo: "Gracias por decirme esto".

Su madre, con cautela, preguntó: "¿Estás bien?".

Natalia respondió en el mismo tono: "Sí".

Las dos se quedaron en silencio un momento. Unos segundos después, ambas terminaron hablando sobre las condiciones del clima en Culiacán, coincidiendo en que se sentía inusualmente anómalo y sofocante para esa temporada del año.

***

Natalia tiene treinta y un años, trabaja en un laboratorio de análisis clínicos en la colonia Del Valle y comparte departamento con una mujer que se llama Fabiola y que estudia Derecho en la UNAM. Por las noches, cuando Fabiola está sentada a la mesa rodeada de sus apuntes y Natalia descansa en el sillón mirando cualquier pantalla, se instala entre las dos el silencio productivo propio de quienes llevan mucho tiempo viviendo juntas y han aprendido a no interrumpirlo.

La noche de aquel mismo día, horas después de la inesperada llamada, Natalia estuvo sentada en el sillón sin abrir ninguna aplicación. Fabiola eventualmente preguntó qué le había dicho su mamá. Natalia dijo que nada importante, problemas del jardín de su papá.

***

El buscador de personas privadas de la libertad es una base de datos pública. Natalia lo buscó una semana después de la llamada, en un momento de pausa entre dos análisis de sangre, con la bata puesta todavía y los guantes en el bolsillo. Escribió el nombre que le había dado su madre. El sistema tardó cuatro segundos:

> Aurelio Mena Bracamontes. Cuarenta y nueve años. Sentencia: dieciséis años. Delito: violación equiparada. Penal de Aguaruto, Culiacán, Sinaloa. Ingreso: 2013.

Natalia calculó: ella tenía veintiuno cuando él entró. Llevaba diez años adentro. Saldría en seis.

Cerró la página. Abrió los resultados del siguiente análisis.

***

Lo de la nariz empezó tres días después.

Natalia se mira en los espejos desde siempre, con la misma atención práctica con que revisa un resultado: buscando qué dice, no qué significa. Pero ese martes en el baño del laboratorio, lavándose las manos antes de la pausa del mediodía, levantó los ojos y vio la nariz y pensó: eso no es mío.

Sacó el celular. Buscó en Google el nombre. En la pantalla apareció de inmediato una vieja nota del periódico *El Debate* correspondiente al año 2013, justo la época en que lo detuvieron. Había una foto: hombre de teinta y nueve

años, esposado, con la cabeza inclinada hacia un lado. La resolución era mala. Natalia acercó la pantalla hasta casi tocarla con la nariz.

La nariz era la misma.

Guardó el móvil. Terminó de lavarse las manos. Fue a buscar el siguiente análisis.

***

Después vinieron las manos.

Las suyas son largas, con los nudillos pronunciados y la palma estrecha. Eduardo, su padre de crianza, tiene en cambio unas manos cortas y cuadradas, las típicas manos ásperas de alguien que trabaja diariamente con herramientas, a pesar de que en su vida entera nunca haya trabajado formalmente con herramientas. Su madre tiene manos normales. Natalia siempre supuso que las suyas venían de algún lado de la familia que no había visto, algún abuelo que no llegó a conocer.

Ahora sabe de qué lado vienen.

Las mira a ratos, entre una cosa y otra. Las conoce bien, de la forma en que uno conoce algo que ha tenido siempre: las curvas de las articulaciones, la manera en que los tendones se marcan cuando abre la palma, la vena azul que cruza el dorso de la izquierda en diagonal. Llevan treinta y un años siendo suyas. Pero hay algo en el dato nuevo que abre una distancia donde antes no había ninguna, como cuando pones una palabra demasiado familiar en un contexto extraño y por un momento no la reconoces.

El domingo siguiente Eduardo llamó para hablar del jardín. Tenía un problema con unas ramas que tocaban los cables. Natalia lo escuchó y le recomendó que llamara al municipio, que eso era trabajo de ellos. Eduardo dijo que el municipio nunca llegaba. Natalia le insistió que igual tenía que llamar. Hubo un silencio y luego Eduardo habló un poco más del jardín y Natalia lo dejó hablar y cuando colgó se

quedó mirando el teléfono en la mano, su mano, que no es la mano de Eduardo.

***

Le tomó dos semanas decírselo a alguien. La persona que eligió fue Marcos, un compañero del laboratorio con quien Natalia almuerza algunas veces en la fonda de enfrente. No es su amigo más cercano, pero tiene la cualidad de escuchar sin adelantarse, de quedarse con la información el tiempo necesario antes de responder. En los pasillos del trabajo todos lo llaman *el Lento,* siempre con muchísimo cariño, y Natalia entiende a la perfección el porqué de ese apodo.

Se lo dijo un jueves, entre el caldo y el guisado, con el mismo tono con que le habría reportado un resultado anómalo. Los hechos en orden. Nada fuera de los hechos.

Marcos escuchó. Cuando Natalia terminó, le preguntó: "¿Y cómo estás?".

Natalia respondió: "Bien. Rara. No sé si hay una diferencia".

Marcos asintió. Luego dijo: "¿Ya sabías algo de él antes?".

Natalia lo negó.

Marcos: "¿Vas a hacer algo?".

Natalia: "¿Cómo qué?".

Marcos no supo responder. Natalia tampoco sabía la respuesta, pero la pregunta le resultó útil porque confirmaba que no había nada evidente por hacer, que el problema, si era un problema, no tenía el tipo de forma que exige una acción.

***

En el laboratorio trabajan con muestras. Sangre, orina, tejido. Natalia procesa entre cuarenta y sesenta por turno y lleva cuatro años haciéndolo con la eficiencia de quien ha

convertido un procedimiento en reflejo. Toma la muestra, la prepara, la introduce al sistema, registra el resultado. El resultado dice algo sobre el cuerpo de alguien que no está en el cuarto.

A veces piensa en ese cuerpo. Piensa en él con la conciencia de que el tubo de plástico que tiene en la mano es una extensión de alguien, que lleva información de alguien. Una vez procesó la muestra de una niña de cuatro años a quien el resultado le daría una noticia que cambiaría cómo iba a vivir el resto de su vida, y Natalia lo sabía y la niña no estaba en el cuarto y el procedimiento fue igual al de cualquier otra muestra. La mayoría de las veces el conocimiento no modifica el procedimiento.

Ahora piensa, cuando procesa muestras de sangre, que la suya tiene algo de él adentro. No metafóricamente. La secuencia que construyó su nariz, que construyó sus manos, que está en cada célula que ella produce cada segundo, viene de él en exacta proporción. La biología no distingue entre lo que alguien es y lo que alguien hizo.

El conocimiento es preciso. No hay manera de hacerlo menos preciso.

***

El sábado fue a la farmacia a comprar protector solar y se vio en el espejo de la entrada, que es grande y tiene luz blanca. Se quedó parada frente a él más tiempo del necesario.

La nariz. Las manos, que llevaba abiertas a los lados. Los pómulos altos que definen la mitad superior de su cara. Las orejas pequeñas y pegadas, distintas a las de Eduardo, distintas a las de su madre.

Pensó: cuánto.

Pagó el protector y salió.

***

A los dieciséis días de la llamada, Natalia marcó a su madre.

Su madre contestó al segundo tono, que significa que tenía el celular en la mano.

—Hola —dijo Natalia.

—Hola, m'hija. ¿Cómo estás?

—Bien. Te llamaba para ver cómo estabas tú.

Su madre tardó. Luego dijo:

—Yo bien. Apenada, todavía. Sé que fue mucho.

—No fue mucho —dijo Natalia—. Está bien que me lo hayas dicho.

—¿Y ya lo buscaste? ¿Encontraste algo?

—Encontré el registro. Está en Aguaruto todavía.

Su madre hizo un sonido que no era exactamente un suspiro.

—¿Y qué sientes?

Natalia miró el techo de su cuarto. Pensó en la nariz en el espejo de la farmacia.

—Todavía estoy viendo.

Su madre aguardó en la línea, sosteniendo esa pausa pesada que Natalia reconoció de inmediato como la misma espera tensa de siempre, la que significa que hay algo más que su madre necesita escuchar y que Natalia no va a decir. Hablaron un rato más del jardín de Eduardo, de una visita que su madre tenía planeada para el mes siguiente. Cuando colgaron, el cuarto estaba en la misma posición que antes de la llamada.

***

Hay una pregunta que Natalia no ha terminado de formularse: si la rabia o el asco que no siente es una carencia suya o una respuesta adecuada al tipo de información que recibió. En el estricto ambiente del laboratorio, cuando un resultado no produce reacción alguna, el primer paso lógico es

verificar detenidamente que el instrumento analítico esté bien calibrado. El segundo paso consiste en aceptar de forma definitiva que la muestra en cuestión, simplemente y sin atenuantes, no produce ninguna clase de reacción.

Ha intentado rastrear algo que se parezca a la perturbación que justificaría contárselo a Fabiola, llamar a su madre de nuevo, hacer algo. Lo que encuentra en cambio es una atención sostenida hacia su propio cuerpo, casi técnica. Su madre le dio el nombre. El buscador le dio la condena. La foto le dio la nariz. Ella misma, en los espejos, le va dando el resto.

Lleva semanas inventariando.

***

El miércoles siguiente Natalia almuerza sola porque Marcos tiene turno partido. Pide el mismo caldo de siempre y come mirando la calle por el ventanal de la fonda. En la mesa de junto se encuentra un hombre de unos cincuenta años que está comiendo completamente solo también, con su celular apoyado contra el salero. Tiene las manos largas descansando inmóviles sobre el mantel. Los nudillos son sumamente pronunciados. La palma es inconfundiblemente estrecha.

Natalia lo mira un momento.

Luego mira sus propias manos.

Saca el celular. Abre la aplicación de la cámara. Se enfoca. En la pantalla sus manos aparecen invertidas, como siempre ocurre con la cámara frontal, y por un segundo no las reconoce.

Las mira hasta que las reconoce.

Deja el móvil boca abajo junto al tazón y se queda mirando sus manos sobre el mantel de plástico, que tiene un patrón de flores chicas que no son de ninguna flor en particular.

II Herencias de documento

El archivo del espía

El abultado sobre de papel manila llegó un martes cualquiera, marcado con el inconfundible sello oficial de la Unidad de Transparencia de la Secretaría de Gobernación. Héctor lo abrió despacio, directamente encima de la mesa del comedor, simplemente porque esa mañana no había desayunado ahí y la superficie de madera se encontraba por completo despejada. El membrete decía: "Solicitud de información folio: 0000400287423. Clasificación: Histórica. Periodo: 1971-1979. Dependencia de origen: Dirección Federal de Seguridad (DFS)".

Adentro había cuarenta y tres páginas fotocopiadas. Su padre aparecía en la primera:

> Fuente: Guadalupe.
> Identificación: Meneses Rocha, Arturo, empleado de Petróleos Mexicanos, Refinería Azcapotzalco, Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM), sección 1.
> Reclutamiento: Marzo de 1971. Activo.

Héctor leyó esas líneas tres veces. Luego siguió leyendo en orden.

***

Arturo Meneses Rocha murió en 2009 de un infarto en el baño de su casa en la colonia Narvarte. Lo encontró la

señora que venía a limpiar los jueves. Héctor llegó de Monterrey esa tarde y organizó el funeral con su hermana Consuelo, que vive en Tlalpan y con quien habla poco. El velorio se prolongó durante dos noches enteras y, para su sorpresa, acudió muchísima gente a despedirlo: antiguos compañeros del sindicato, vecinos leales de más de dos décadas y un hombre muy viejo que afirmó haber sido íntimo amigo de su padre desde la época de la secundaria, el cual lloró de una manera tan desgarradora que Héctor la recordó mucho tiempo después, a pesar de que en ese preciso momento no supo comprender el porqué de tanta desolación. El hombre era corpulento y llevaba un traje café que le quedaba grande de los hombros, como si hubiera adelgazado desde la última vez que lo usó. Se acercó al ataúd solo y estuvo ahí parado varios minutos con las manos entrelazadas frente al cuerpo de su padre; después buscó a Héctor, le tomó el antebrazo con las dos manos y dijo que Arturo había sido un buen hombre. Héctor le agradeció. No le preguntó su nombre.

Su padre tenía setenta y un años. Había sido un hombre ordenado, puntual, con el hábito de doblar el periódico en cuartos antes de leerlo. Guardaba las facturas. Nunca debió nada. Héctor creció creyendo que esa austeridad era carácter, la marca de quien había aprendido a vivir sin depender de nadie.

***

La hoja veintidós del expediente dice:

> Fuente: Guadalupe.
> Fecha: 14 de octubre de 1974.
> Reunión en domicilio de Vázquez Cruz, Leandro; calle Moctezuma 38, Col. Guerrero.
> Asistentes: aprox. 12 personas.
> Se discutió organización de paro en refinería para noviembre.
> Líderes identificados: Vázquez Cruz, Leandro; Morales

Ibáñez, Cándido; Peña Salinas, Roberto. Se recomienda seguimiento a los tres.

Héctor tecleó de inmediato el nombre de Leandro Vázquez Cruz en el buscador de Google. La pantalla no arrojó absolutamente ningún resultado útil. Acto seguido, buscó a Cándido Morales Ibáñez. El resultado fue exactamente el mismo: tampoco había rastros suyos. Finalmente buscó a Roberto Peña Salinas, y fue entonces cuando encontró una dolorosa entrada dentro de la base de datos digital del Comité Eureka: Desaparecido el 3 de enero de 1975. Última ubicación conocida: Refinería Azcapotzalco. Edad al momento de la desaparición: 29 años. Caso sin resolver.

Cerró la laptop. La dejó ahí, sobre la mesa, frente al expediente.

***

Lo que Héctor recuerda de su padre: un hombre callado en las reuniones familiares; atento a los detalles que otros descuidaban; cuando había discusiones en la mesa de Navidad, su padre era el que cambiaba el tema con una pregunta sobre el guajolote o sobre el partido del domingo. Héctor pensó siempre que eso era diplomacia; que su padre odiaba el conflicto.

Hay una escena que le viene ahora con una claridad que antes no tenía: Héctor tiene doce años y su padre lo lleva al sindicato un sábado porque la señora que cuidaba a los niños no pudo ir. La sala de espera huele a papel y a cigarro frío. En las paredes hay carteles con fechas de asambleas y una foto de Lázaro Cárdenas enmarcada en madera oscura. Héctor estaba aburrido y miraba los carteles sin leerlos cuando un hombre se acercó a su padre y le dijo algo en voz baja. Su padre asintió con la cabeza una sola vez. El hombre le dio algo, un papel doblado, y se fue sin mirarlo a él. Su padre guardó el papel en el bolsillo interior del saco

y le compró a Héctor un refresco de la máquina y no volvió a mencionarlo en todo el camino de regreso.

En el expediente, en la hoja treinta y uno:

> Fuente: Guadalupe.
> Fecha: Martes 18 de marzo de 1975.
> Se informa que Morales Ibáñez, Cándido, planea ausentarse del trabajo a partir del lunes. Posible fuga. Se sugiere actuar antes del fin de semana.

Cándido Morales Ibáñez no está en la base de datos del Comité Eureka. Héctor buscó en otras. Lo encontró en un listado de la Comisión Nacional de Derechos Humanos: detenido el jueves 20 de marzo de 1975. Liberado sin cargos el sábado 14 de junio de 1975. Declaró haber sido trasladado a instalaciones desconocidas.

Su padre actuó antes del fin de semana.

***

Actualmente Héctor tiene cincuenta y tres años. Trabaja como alto cargo en una reconocida empresa de auditoría corporativa ubicada en Monterrey, dedicándose, irónicamente, a revisar el pasado de otros, por lo que viaja a la Ciudad de México cuatro o cinco veces al año. Tiene dos hijos con su exesposa, Graciela, y una relación cordial con ella que a veces confunde con afecto. Ninguno de sus hijos conoció bien a su abuelo Arturo: el mayor tenía ocho años cuando murió, la menor seis.

Solicitó el expediente hace dieciséis meses, justo después de ver una extensa conferencia en línea sobre los antiguos archivos de la DFS que el Archivo General de la Nación, conocido también como el AGN, fue desclasificando paulatinamente a partir del año 2002. Lo solicitó movido por pura curiosidad, esa clase específica de curiosidad administrativa que se ejerce sin ninguna urgencia real, exactamen-

te igual a como quien apunta el título de un libro que lleva mucho tiempo queriendo leer, luego pide el volumen y lo deja abandonado sobre el buró o en una lista de pendientes durante varios meses antes de animarse a abrirlo y buscar respuestas. El documento tardó todo ese tiempo en llegar a sus manos.

A pesar de tanta demora, terminó abriéndolo el mismísimo día en que llegó.

***

En la infancia de Héctor, su padre tenía un amigo que se llamaba Gilberto. Gilberto trabajaba en Gobernación, en algo que Arturo Meneses describía vagamente como Administración, y aparecía en la casa dos o tres veces al año con una botella de brandy y se quedaba a cenar. Su madre lo trataba con una deferencia específica, distinta a la que tenía con otros invitados, más parecida a la atención que se pone cuando hay alguien importante cerca que cuando hay alguien querido. Durante esas cenas, Héctor y Consuelo comían más rápido de lo usual y pedían permiso para retirarse, y sus padres siempre lo daban.

Héctor recuerda nítidamente haber escuchado, escondido desde el pasillo, la voz de Gilberto adoptando un tono completamente distinto al de una conversación normal, mucho más bajo y confidencial, plagado de silencios pesados que su propio padre se encargaba de llenar utilizando apenas monosílabos. Cuando Héctor, siendo niño, le preguntó una vez de qué hablaban tanto, su padre simplemente dijo: "De trabajo", y de inmediato pasó a otra cosa con la facilidad de quien ha practicado ese movimiento.

Héctor buscó el nombre Gilberto en el expediente. Apareció en tres notas al pie: "Coordinado con enlace G.". No había apellido.

***

La hoja treinta y tres dice:

> Fuente: Guadalupe.
> Fecha: 9 de agosto de 1977.
> Se informa de reunión en casa del sujeto R. Peña Salinas, hermano de Roberto Peña Salinas (fallecido). Asistentes incluyen familiares y posibles simpatizantes. Ambiente de inconformidad. Se recomienda monitoreo.

"Fallecido". Roberto Peña Salinas, de veintinueve años de edad, oficialmente reportado como desaparecido en enero de 1975, ya aparecía clasificado en agosto de 1977 dentro de ese expediente bajo el estatus de fallecido. Alguien allá adentro lo sabía perfectamente. Alguien lo anotó a máquina, con frialdad rutinaria, y sin siquiera usar un punto y aparte.

Héctor miró la palabra varios minutos.

Luego llamó a Consuelo.

Su hermana contestó al tercer tono. Héctor le dijo que había recibido el expediente que pidió sobre su padre. Consuelo mencionó que no sabía de ningún expediente. Héctor le explicó lo del Instituto Nacional de Trasparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales; la solicitud, los archivos de la DFS. Consuelo escuchó. Cuando Héctor terminó, hubo un silencio y luego su hermana dijo: "¿Y para qué?".

Héctor no respondió de inmediato.

—Para qué —repitió Consuelo—, si ya murió.

Héctor le contestó, con voz pausada, que él sí quería saber la verdad.

Consuelo, tajante y a la defensiva, replicó: "Pues yo no".

Colgaron el teléfono manteniendo intacta esa habitual y gélida cordialidad. Es exactamente así, sin despedidas

afectuosas reales, como terminan absolutamente todas sus llamadas.

***

Hay otras escenas que está reviendo ahora:

Su padre, en algún año de los setenta que Héctor no puede precisar, colgando el teléfono y diciéndole a su madre algo en voz baja. Su madre asintiendo. Los dos sin mirarse. Héctor tenía quizá diez años y estaba en el pasillo con un vaso de leche y los vio a través del marco de la puerta sin que ninguno de los dos lo notara. Esperó. Su padre fue a la cocina a lavarse las manos, aunque no había comido nada.

Su padre rechazando la invitación de un vecino a una comida. "Ese fin de semana tengo un compromiso importante", dijo su padre, pero la verdad es que no había ningún compromiso: Héctor lo supo porque pasaron el fin de semana en casa viendo películas en la televisión y su padre estuvo callado de una manera diferente a su silencio de siempre.

Su padre, los últimos años, con el hábito de ver las noticias con el volumen muy bajo, inclinado hacia el televisor como si fuera a escuchar algo que no quería que los demás escucharan.

Cada una de esas escenas tenía antes una explicación que Héctor no se formuló porque no hacía falta: era su padre, ese era su padre, así era su padre. Ahora tienen otra explicación. La otra explicación es la misma para todas ellas.

***

Faltaban nueve páginas cuando Héctor llegó a la hoja treinta y cuatro. Era una hoja diferente a las demás: más gruesa, de mejor calidad. Una fotocopia de una fotografía.

En la foto: tres hombres de pie frente a lo que parece ser la entrada de un edificio de oficinas. Uno de los tres es su padre, más joven de lo que Héctor lo recuerda, con el bigote como se afeitaba a principios de los ochenta. Otro es un hombre que Héctor no reconoció. El tercero es el hombre del velorio: el que dijo ser amigo de la secundaria y lloró de esa manera.

Al reverso de la fotocopia, a mano: "Fuente: Guadalupe con enlace G., nov. 1972".

Héctor buscó el nombre del hombre en las páginas anteriores del expediente. Lo encontró en la hoja siete:

> Fuente: Guadalupe.
> Fecha: 3 de febrero de 1972.
> Se informa de actividad sindical en sección 34.
> Líderes identificados: Estrada Villanueva, Domingo; Fuentes Madero, Ernesto...

El hombre que lloró en el velorio de su padre se llamaba Domingo Estrada Villanueva. Su nombre aparecía en la hoja siete, reportado. Aparecía en la hoja once, reportado de nuevo. Aparecía en la hoja diecisiete, con la anotación: "sujeto ha moderado su actividad. Monitoreo discontinuo".

La foto era de noviembre de 1972. El primer reporte sobre Estrada Villanueva era de febrero de ese mismo año.

Héctor puso la hoja treinta y cuatro sobre la mesa y colocó encima el resto del expediente, las páginas que no había leído todavía, para no verla.

Luego la sacó de abajo y la miró de nuevo.

La fecha en el reverso: noviembre de 1972. Su padre tenía en esa foto treinta y cuatro años. Héctor tiene ahora cincuenta y tres.

En la foto, los tres hombres miran a la cámara. Su padre tiene una mano en el hombro del hombre que no reconoció. Domingo Estrada Villanueva tiene los brazos cruzados y

una expresión que, desde aquí, desde esta distancia de cincuenta años, parece confianza.

Héctor apoya lentamente el dedo índice sobre el rostro de Domingo Estrada Villanueva impreso en la foto. El papel que toca es apenas una burda fotocopia, y la imagen original en blanco y negro se ve ligeramente granulada por el inevitable paso del tiempo. Esa cara, atrapada para siempre en el pasado, tiene exactamente el mismo tamaño que su propia uña.

Las nueve páginas que no ha leído están debajo del expediente, sobre la mesa, al lado del sobre con el sello de Gobernación.

Los planos del terremoto

La pesada caja de archivo llegó finalmente al primer departamento de Santiago en noviembre de 1985, apenas dos meses después del gran terremoto, traída personalmente por su madre en el coche de una vecina amable simplemente porque ella no sabía manejar. Adentro de la caja estaba todo lo que su madre había podido rescatar a toda prisa de la oficina de su padre, justo antes de que los dueños vaciaran definitivamente el local: tres carpetas con contratos, una cámara fotográfica que nunca funcionó bien, un viejo trofeo del torneo de golf organizado por la Asociación de Arquitectos en 1979 y un largo tubo de cartón verde que contenía los planos arquitectónicos enrollados de tres proyectos muy distintos.

Santiago puso todo en la bodega de su departamento. No revisó las carpetas. No revisó los planos. Tenía veintitrés años y cuatro asignaturas pendientes y un padre muerto desde hacía dos meses, y eso era suficiente para un año.

La caja viajó con él durante treinta y cinco años: de Tlalpan a Coyoacán; de Coyoacán al departamento en la colonia Condesa, donde vivió con Verónica mientras duró el matrimonio; de ahí, al estudio que rentó en la Narvarte, cuando el matrimonio no duró. Nunca la abrió. Era el tipo de caja que uno mueve sin abrir porque abrirla exige una decisión que no es urgente y que en cualquier momento puede postergarse.

***

El padre de Santiago se llamaba Ernesto Galindo Reyes y era arquitecto desde 1961. Tuvo despacho propio a partir de 1968, primero en sociedad con un condiscípulo de la universidad y después solo, en un local de la colonia Nápoles con una asistente que se llamaba Lupita y que llevaba veinte años ahí cuando murió. Hizo casas en las Lomas, edificios de departamentos en la Roma y en la Del Valle, un centro comercial en Tlalnepantla que nunca prosperó. Era un hombre vagamente conocido dentro de los herméticos círculos de la asociación, pero de ninguna manera en la ciudad. Llevó el tipo de carrera profesional que se construye siempre en absoluto silencio y que, fatalmente, termina también en silencio.

Del padre como profesional, Santiago recuerda: los tubos de planos enrollados en el portaequipajes del coche, el olor a papel de calco en la oficina de la Nápoles, la colección de catálogos de materiales que ocupaba un anaquel entero y que su padre revisaba con la atención que otros ponen en los libros. Los sábados por la mañana, a veces, lo llevaba con él a ver de cerca las obras en plena construcción: la maraña de andamios oxidados, los bosques de varillas expuestas y ese sonido inconfundible del concreto fresco cayendo ruidosamente dentro de la cimbra de madera. Su padre le señalaba constantemente cosas técnicas que Santiago, siendo niño, no entendía del todo —el trazo geométrico de una viga de soporte o el espesor necesario de un muro de carga—, y hablaba fluidamente con los trabajadores con una calidez y familiaridad que dentro de la casa jamás tenía. Era otro en las obras: preciso en las instrucciones, sin el silencio que traía a la mesa.

Santiago estudió arquitectura porque no se le ocurrió otra cosa. Terminó la carrera sin que su padre lo viera terminar.

Murió el 19 de septiembre de 1985 en el derrumbe de un edificio en la colonia Doctores, donde había ido a entregar unos planos a un cliente que tenía el despacho en el cuarto piso. No era el edificio que había diseñado. Era el edificio del cliente.

***

El encargo de catalogar el archivo llegó en marzo de 2020, cuando la Facultad de Arquitectura de la UNAM expresó interés en los planos de Ernesto Galindo para un proyecto de documentación histórica del patrimonio arquitectónico de los setenta. Santiago respondió que sí podría ser, que tenía material en una caja, que necesitaba revisarlo. Le mandaron un protocolo y unas fichas de catalogación.

La caja llevaba dos meses en la sala desde que Santiago la había bajado de la bodega. Estaba donde la había dejado, junto al librero, debajo de la ventana que da a la calle.

La abrió un martes en la tarde.

***

Las tres carpetas de contratos eran lo que parecían: contratos, cotizaciones, correspondencia con clientes. La cámara fotográfica seguía sin funcionar. El trofeo de golf tenía una grieta en la base que Santiago no recordaba.

El tubo de cartón verde contenía los planos enrollados de tres proyectos. Los desenrolló sobre la mesa del comedor y los identificó por las leyendas en el recuadro de título: una casa en el Pedregal de la que Santiago tenía vago recuerdo, un proyecto de remodelación de una bodega en Azcapotzalco y, el tercero, "Edificio Loreto. Ubicación: Mesones 47, Col. Centro. Cliente principal: Inversiones Bayardo, S. A. Tipo de proyecto: conjunto habitacional de 8 niveles. Fecha de emisión: diciembre de 1967".

El edificio de Mesones colapsó el 19 de septiembre de 1985. Lo había leído en la lista del Fideicomiso del Centro Histórico que consultó años atrás para otro proyecto. Once muertos. El edificio fue demolido. En su lugar hay ahora una plaza pequeña con dos bancas y un árbol joven.

Santiago puso el plano sobre los otros dos y fue por un vaso de agua.

***

El edificio Loreto tenía ocho niveles sobre una planta de estacionamiento. La estructura era de concreto armado sobre cimentación de pilotes. En el plano estructural, en el cuadro de notas del margen inferior derecho, con la letra apretada que Santiago reconocía como la de su padre, decía: "Refuerzo transversal columnas N3-N6: insuficiente para zona sísmica. Pendiente resolución con cliente".

La fecha de esa nota era la misma que la del sello de autorización. La firma también era la misma: E. Galindo R., Lic. No. 4471.

Santiago leyó la nota dos veces. Miró la firma. Miró la fecha.

Fue a buscar su lupa porque la letra del margen era pequeña y quería estar seguro.

La letra decía lo que decía.

***

Santiago tiene cincuenta y ocho años. Trabaja en un despacho de diseño de interiores que fundó hace dieciséis años con dos socias, Marcela y Pilar, y que opera sin grandes ambiciones y sin grandes problemas. Jamás se atrevió a hacer arquitectura de obra civil: inmediatamente después de la trágica muerte de su padre, terminó la carrera por pura inercia y derivó de lleno hacia el diseño de interiores, sabiendo íntimamente que esa es una forma de crear espacios

estéticos sin tener que hacerse responsable de que las estructuras físicas realmente se sostengan.

Tiene una hija de veintiocho años, Lucía, que vive en Guadalajara y trabaja en publicidad. Hablan los domingos. Aún no le ha contado nada sobre el hallazgo en los planos porque éstos los vio justo en marzo de 2020, el mismo mes en que empezó la pandemia; durante ese encierro, los domingos se volvieron asfixiantemente pesados y Santiago simplemente no encontró la manera adecuada de meter un secreto de semejante magnitud en medio de una superficial videollamada de apenas cuarenta minutos.

***

Hay una tarde que Santiago lleva años guardando sin revisarla.

Tenía quizá ocho años. Su padre lo recogió del colegio un miércoles y, en vez de ir directo a la casa, fueron al Centro en el coche; su padre necesitaba dejar algo en algún lugar y en el camino de regreso pasaron por una calle que Santiago no reconocía. Su padre redujo la velocidad frente a un edificio de departamentos de ocho pisos con la fachada color crema y un letrero de latón que decía Loreto. No se detuvo. Redujo la velocidad, miró el edificio de arriba a abajo, aceleró.

Santiago le preguntó qué era ese edificio y su padre dijo que era un proyecto, que había sido un proyecto. No dijo más. El radio estaba encendido y su padre subió el volumen un poco, no mucho, lo suficiente para que la conversación no continuara sin que pareciera que la estaba cortando.

Santiago no le preguntó por qué hablaba en pasado si el edificio estaba ahí, perfectamente en pie.

Eso pasó exactamente en el año 1970, calcula él ahora con frialdad. El edificio logró mantenerse en pie durante quince años más.

***

La nota marginal dice: "Pendiente resolución con cliente". Santiago conoce esa frase. La usó él mismo en un proyecto de la Narvarte en 2008 cuando el cliente quería reducir el presupuesto de aislamiento acústico y Santiago no tenía autoridad para detenerlo. Él mismo escribió alguna vez la frase *pendiente de resolución con el cliente* en el margen blanco de un plano y el cliente resolvió que no iba a pagar el aislamiento y los inquilinos del edificio escuchan hasta hoy los pasos del vecino de arriba.

No es lo mismo. Lo sabe.

Lo mismo en otra escala, quizá. Eso también lo sabe.

La diferencia entre los dos casos es la zona sísmica. El refuerzo transversal en columnas de un edificio de ocho niveles en zona de lago, con el subsuelo que tiene el Centro, no es aislamiento acústico. Es la diferencia entre que el edificio se mueva y que el edificio caiga. Alguien con la licencia número 4471 de la Dirección General de Obras sabía eso sin necesidad de calcularlo.

Santiago tiene su propia licencia desde 1991. No diseña estructuras. Diseña espacios interiores. Cursó Estructuras, la aprobó, y en la primera hoja del plano estructural del edificio Loreto hay un membrete que dice: "Diseño y cálculo: E. Galindo R.". Su padre hizo el cálculo, lo firmó, y anotó en el margen que era insuficiente.

El plano del edificio Loreto está extendido sobre la mesa del comedor. Tiene cuatro páginas: arquitectónico, estructural, instalaciones, acabados. Santiago los revisa en orden. En el plano arquitectónico hay una nota de su padre sobre las dimensiones del elevador. En el plano de instalaciones hay una corrección a mano sobre la bajada de aguas pluviales. Solo en el plano estructural hay esa nota sobre las columnas.

Refuerzo insuficiente.

Pendiente.

***

Los once muertos del edificio Loreto tienen nombres. Santiago los buscó en las listas del Fideicomiso esa misma tarde. Aparecen en un PDF de dieciocho páginas que documenta los edificios colapsados en el Centro Histórico: "Loreto, Mesones 47. Derrumbe total. Víctimas recuperadas: 11. Identificadas: 9".

Los nueve identificados: Consuelo Arrieta Mora, 67 años; Héctor Blanco Guzmán, 34 años; María de la Luz Blanco Arrieta, 8 años; Felipe Castellanos Vega, 51 años; Graciela Domínguez Ríos, 44 años; Jorge Estrada Peña, 29 años; Ramona Fuentes Salinas, 72 años; Patricia Gutiérrez Lara, 38 años; Enrique Villarreal Ochoa, 55 años.

El apellido Blanco aparece ahí dos veces. Héctor Blanco Guzmán, el padre de familia, tenía apenas treinta y cuatro años. La pequeña María de la Luz Blanco Arrieta tenía exactamente ocho años. El apellido materno de la niña coincide trágicamente con el apellido de Consuelo Arrieta Mora, la primera mujer de aquella lista. Madre e hija, o quizás abuela y nieta, calcula Santiago con un nudo en la garganta. Dos ramas de un mismo árbol genealógico truncadas de golpe, dos destinos aplastados y dejados ahí, para siempre, sin resolverse jamás.

María de la Luz tenía ocho años. La misma edad que Santiago cuando pasó frente al edificio en el coche de su padre.

Santiago no anota esto en ningún lado. Lo lee y lo deja en la pantalla del teléfono y va a buscar las fichas de catalogación que le mandaron de la Facultad.

***

La ficha tiene campos para: nombre del proyecto, cliente, ubicación, fecha, descripción técnica, estado actual, observaciones.

Santiago llena los campos del plano de la casa en el Pedregal. Llena los campos de la bodega en Azcapotzalco. Cuando llega a los planos del edificio Loreto escribe en el campo de nombre: Edificio Loreto, Mesones 47. En el campo de estado actual escribe: Demolido. En el recuadro correspondiente al campo de observaciones, deja el cursor parpadeando en silencio durante al menos treinta largos segundos y luego, con manos temblorosas, escribe simplemente: Colapsó durante el sismo de 1985.

No transcribe la cobarde nota del margen.

No menciona absolutamente nada sobre los once muertos.

No se atreve a escribir el nombre de la niña.

Con extrema frialdad, imprime la ficha oficial, la dobla cuidadosamente por la mitad, y la mete dentro del sobre manila junto con las otras dos. Enrolla los planos de los tres proyectos, los devuelve al tubo de cartón verde, vuelve a poner el tubo en la caja.

Sobre el lomo desgastado de la caja de cartón, usando un marcador de tinta negra, escribe exactamente lo que siempre estuvo escrito ahí: Archivo E. Galindo. Proyectos varios.

Finalmente, con un gesto sordo y definitivo, cierra la caja.

Sin obituario

El encargo llegó un martes. Su madre llamó directamente desde Irapuato pasadas las siete de la mañana, justo antes de que Valentina siquiera hubiera encendido la máquina de café, y soltó sin rodeos: "Necesito que escribas algo para el periódico. Algo bonito". Su padre había muerto el domingo. Para ese momento, Valentina ya llevaba cuarenta y ocho horas exactas sabiendo que su padre había muerto, y en el transcurso de esas mismas horas no había logrado escribir una sola línea, lo cual resultaba sumamente raro porque ella llevaba más de veinte años escribiendo profesionalmente sobre cosas mucho más difíciles y crueles que la muerte natural de su propio padre.

Le dijo a su madre que sí.

***

Informante en el Bajío cumplió cuarenta y un años de existencia apenas el mes pasado. Aurelio Reyes Cervantes lo fundó en 1981 con un préstamo de su suegro y una imprenta de segunda mano que tardó tres semanas en calibrar. Primero fue semanal; luego, bisemanal y, desde 1989, ha sido diario. Tenía dieciséis páginas en promedio, una sección de deportes que era en realidad de futbol de primera división y resultados del Estadio Irapuato, y una codiciada página editorial que el propio Aurelio escribía religiosamente todos los miércoles bajo el título fijo de "La semana en perspectiva".

Valentina creció leyendo esa columna. Le gustaba la forma en que su padre construía el argumento: lento al principio, casi titubeante, y luego un giro cerca del final que lo llevaba a donde siempre había querido llegar. Era una estructura que Valentina reconoció mucho después en sus propios textos, cuando un editor le señaló el patrón y ella dijo que no lo había notado.

***

La primera versión la empezó el miércoles por la mañana en el departamento de la colonia Narvarte, sentada a la mesa donde trabaja siempre, con el café en el lado izquierdo y el celular boca abajo en el lado derecho. Escribió durante cuarenta minutos sin pausas, lo que en ella significa que el texto se había formado antes de empezar a teclearlo. Decía:

> Aurelio Reyes Cervantes fundó el *Informante en el Bajío* con la convicción de que el periodismo regional era una forma de servicio público. Durante cuarenta años publicó la vida cotidiana de Irapuato y sus alrededores con una fidelidad que sus lectores confundieron con independencia editorial. Lo que publicó disfrazado como noticias legítimas fueron con demasiada frecuencia publirreportajes pagados por diversas empresas locales, favores a funcionarios municipales y propaganda para candidatos en plena campaña. Cobró sistemáticamente por ese oscuro servicio durante los últimos treinta años sin que ninguno de sus lectores lo supiera y sin que él considerara necesario decírselo.

Leyó el párrafo. Lo seleccionó. Lo borró.

***

Valentina tiene cuarenta y cuatro años y trabaja en la revista *Proceso Norte,* donde hace reportaje de largo aliento sobre

migración, seguridad y política regional. Lleva ya doce años trabajando ininterrumpidamente en la revista; previamente pasó seis años completos en un áspero diario de Guadalajara cubriendo la nota roja, y mucho antes de todo eso había estudiado la carrera de Comunicación en la Universidad Iberoamericana de León, simplemente porque su padre deseaba fervientemente que ella se fuera a la Ciudad de México y ella jamás quiso darle ese gusto.

Conoce el modelo de negocio del *Informante* desde los dieciséis años. Lo descubrió un sábado que su padre no estaba en la oficina y ella entró a buscar un libro que le había prestado. La señora Concha, que llevaba la contabilidad, tenía abierto un cuaderno sobre el escritorio con columnas de números y nombres. Valentina alcanzó a leer tres rubros claros: Embotelladora Lozano, Presidencia Municipal (campaña) y Fraccionamiento "Las Camelias". La señora Concha, con un reflejo casi culpable, cerró de golpe el cuaderno de contabilidad en cuanto la vio frente al escritorio.

A los dieciséis años Valentina no tenía el vocabulario para nombrar lo que había visto. Lo tuvo a los veintidós, cuando estudió el modelo de la prensa controlada en un Seminario de Ética Periodística y pensó en ese cuaderno y en los tres nombres y en la señora Concha cerrándolo.

El modelo era simple y no era un secreto entre quienes sabían buscarlo: el periódico regional subsiste vendiendo la credibilidad que construye con sus clientes, quienes necesitan que alguien con credibilidad los mencione. Una constructora que quiere aparecer en las páginas de obras públicas paga una tarifa. Un candidato que necesita cobertura favorable durante la campaña paga otra. El lector no sabe que esa nota sobre el nuevo fraccionamiento la escribió el mismo hombre que cobró por publicarla. El lector confía ciegamente porque el periódico lleva veinte años apareciendo sobre su mesa cada mañana y porque el director, invariablemente, saluda de mano a su familia todos los domingos en la misa de doce.

Nunca le preguntó a su padre. Nunca le preguntó a su madre. Tenía dos razones para no preguntarle a ninguno de los dos y las dos razones eran distintas.

***

La segunda versión la escribió el jueves. Esta versión tardó mucho más: dos horas largas, interrumpidas por una pausa ansiosa en la que salió a la calle con la intención de comprar cigarros, aunque lleva ya tres años sin fumar, y de la que finalmente volvió con las manos vacías sin haberlos comprado. Decía:

> Irapuato y el Bajío guanajuatense despiden hoy a Aurelio Reyes Cervantes, periodista y editor que dedicó su vida a informar a la comunidad con pasión y compromiso. Fundador del *Informante en el Bajío*, Aurelio construyó durante más de cuatro décadas un medio de comunicación que se convirtió en referente indispensable de la vida regional. Hombre de familia, amigo leal y profesional íntegro, deja un legado que sus colaboradores, lectores y seres queridos honrarán por muchos años.

Lo leyó. Cerró la computadora. La abrió de nuevo, seleccionó el texto y lo borró.

***

La madre de Valentina se llama Graciela. Tiene setenta años, vive en la casa de la calle Juárez donde Valentina creció y habla por teléfono con una cadencia particular: pregunta algo, espera la respuesta, no comenta la respuesta, pregunta otra cosa. Valentina tardó años en reconocer esa cadencia: su madre archiva la información que recibe, no la procesa en vivo.

Graciela atendía el teléfono del periódico los lunes y los miércoles cuando la recepcionista tenía día libre.

Valentina lo supo siempre. Lo que no supo hasta mucho después fue que los lunes y los miércoles eran los días en que llamaban los clientes para confirmar la colocación de sus notas en la siguiente edición.

El hecho irrefutable de que su madre lo supiera cambia drásticamente algo que Valentina aún no ha terminado de calcular. Existe una diferencia abismal entre el hombre que llevó una doble contabilidad completamente a solas durante treinta años y el hombre cuya propia esposa respondía con naturalidad las llamadas telefónicas que hacían posible esa misma doble contabilidad. Un hombre que carga con un secreto propio se lo lleva directamente a la tumba cuando muere; sin embargo, esta segunda dinámica convierte a todo el hogar en un cómplice activo del engaño. La mesa donde comían. La llamada del lunes a las diez de la mañana mientras Valentina estaba en la escuela.

***

La tercera versión la empezó el viernes por la noche, después de hablar con su madre por teléfono y de que su madre le preguntara si ya había terminado el texto y Valentina dijera que casi. La llamada duró ocho minutos. Graciela no preguntó cómo estaba Valentina.

Esta versión fue distinta. No empezó por el padre. Empezó por el periódico:

> *Informante en el Bajío* nació en 1981 como proyecto editorial independiente y en cuatro décadas se convirtió en la publicación más leída de la región. Su fundador, Aurelio Reyes Cervantes, entendió desde el principio que la supervivencia de un medio regional dependía de relaciones con el tejido empresarial y político local. Esas relaciones tuvieron un costo editorial que el periódico pagó en silencio durante décadas: la línea entre la noticia y el anuncio nunca fue tan nítida como sus lectores creyeron. Aurelio Reyes construyó

algo que duró, y la pregunta sobre lo que le costó construirlo pertenece ahora a quienes lo heredan.

Valentina leyó el texto dos veces. Era el mejor de los tres. Era el más cobarde de los tres. Lo borró.

***

Hay una cena que Valentina no puede dejar de revisar.

Tenía quizá doce años. El dueño de una constructora llamada Edificaciones Tapia invitó a la familia a cenar en un restaurante del centro, uno de los que tienen mantel de tela y música en vivo los jueves. El señor Tapia era un hombre gordo y de voz alta que durante toda la cena habló de sus proyectos en el municipio, de una carretera que iban a construir, de unos departamentos en Salamanca. Su padre escuchaba y asentía, en un momento dado sacó una libreta y anotó algo. Valentina recordó esa libreta mucho después: era la misma en que su padre tomaba notas para "La semana en perspectiva".

Al salir, en el coche, su padre dijo que el señor Tapia era un buen hombre y que los negocios bien hechos beneficiaban a todos. Su madre no dijo nada. Valentina tampoco.

La realidad es que todos comieron muy bien esa noche, con vino y cortes de carne importada. Al final, el señor Tapia pagó absolutamente todo con un gesto despreocupado de su mano.

***

El cuarto texto lo empezó el sábado por la mañana, antes de que amaneciera, sin haber dormido bien. No planeó una estructura distinta. No se dijo que esta vez iba a ser diferente. Abrió el documento en blanco y escribió. Al mediodía tenía mil doscientas palabras.

Hablaba de su padre como periodista, de "La semana en perspectiva" y de cómo construía el argumento, de la imprenta de segunda mano y de las tres semanas que tardó en calibrarla, del Estadio Irapuato y de los domingos en que su padre la llevaba a ver los partidos y compraba los programas, aunque nunca los leía.

Hablaba de la manera en que su padre conocía a todos en la ciudad por el nombre, no por el cargo: al plomero que había entubado las acequias del centro en el setenta y dos, a la señora de la taquería de la calle Obregón que tenía el mismo puesto desde antes de que naciera Valentina, al notario que había redactado los primeros contratos del periódico y que ahora estaba en un asilo en Silao y a quien su padre visitaba dos veces al año, aunque ya no lo reconociera. Hablaba de la manera en que su padre entendió desde el principio que un periódico regional es un tejido social antes que un negocio, y que ese tejido hay que cuidarlo con presencia, con memoria, con el nombre de las personas.

No mencionó que ese mismo tejido fue también el instrumento. Que conocer a todos por el nombre es una habilidad que sirve para hacer periodismo y sirve para cobrar por él. Que la confianza que sus lectores depositaron en él durante cuarenta años fue exactamente la mercancía que él vendió.

No mencionó las notas pagadas. No mencionó el cuaderno de contabilidad. No mencionó al señor Tapia ni la cena del restaurante con mantel de tela.

En el párrafo final escribió: "Aurelio Reyes Cervantes creyó en el periodismo con la fe de quien no se ha preguntado todavía qué le cuesta esa fe a los demás".

Leyó esa oración tres veces. No la borró.

Guardó los cambios en el documento, abrió su gestor de correo, adjuntó el archivo final y lo envió directamente al director del *Informante* con el asunto: Obituario-A. Reyes Cervantes.

Acto seguido, cerró la tapa de la computadora.

Calentó el café que había dejado enfriar desde las cinco de la mañana.

Se quedó de pie, completamente inmóvil en medio de la cocina con la taza humeante en la mano, mirando fijamente a través de la ventana que da hacia el patio interior, justo allí donde el vecino del cuarto piso tiene olvidada una maceta de albahaca marchita que absolutamente nunca se molesta en regar.

III Herencias de oficio

La técnica del falsificador

El informe del Laboratorio de Análisis y Restauración del INBA llegó un viernes por la tarde, cuando Martín ya estaba apagando las lámparas del taller. Lo abrió sin urgencia: era una consulta de rutina sobre tres paisajes del siglo XIX atribuidos al maestro José María Velasco que el Museo Regional de Oaxaca quería autenticar urgentemente antes de colgarlos en su sala de exhibición permanente. Martín los había examinado en persona dos semanas antes: había tomado micromuestras estratigráficas de barniz y preparación, y había realizado meticulosamente las fotografías de reflectografía infrarroja y luz ultravioleta que el museo le pidió.

El informe decía que los tres eran falsos.

Martín leyó detenidamente esa conclusión, repasó los datos fríos del análisis químico de pigmentos —la presencia innegable de blanco de titanio, un pigmento que no se comercializaba en vida del maestro Velasco, una capa de preparación con aglutinantes poliméricos propios del siglo XX, y una tela con fibras sintéticas en la trama—. Martín fue instintivamente a buscar su celular, pero casi de inmediato lo dejó sobre la mesa. Se quedó allí, completamente inmóvil junto a la mesa de trabajo con el informe en la mano y la lámpara del taller todavía encendida, mirando fijamente las tres fotografías adjuntas al documento oficial.

Los tres paisajes eran buenos. Eso era lo que nadie iba a escribir en el informe.

***

Su padre se llamaba Lorenzo Espinosa y murió en 2011 de un cáncer de pulmón que tardó dieciséis meses en matarlo. Fue restaurador de pintura durante cuarenta años, primero como aprendiz en el taller de un maestro tapatío y luego por cuenta propia, en el estudio de la colonia Santa María la Ribera donde Martín creció entre olor a disolvente y trementina. Lorenzo Espinosa había restaurado obras para el Museo de Arte "Carrillo Gil", para colecciones privadas en Monterrey y Guadalajara, para iglesias en Michoacán que tenían retablos coloniales comidos por la humedad. Era un hombre extremadamente meticuloso, exasperantemente lento, dotado con la paciencia infinita de quien entiende que un error en este oficio nunca se borra realmente: simplemente se acumula en silencio debajo, en las capas profundas e invisibles que nadie jamás verá.

Martín aprendió de su padre la forma de sostener el bisturí, la proporción de la mezcla de barniz, la manera de leer una pintura por el reverso antes de tocar el frente. A los dieciséis ya trabajaba los fines de semana en el taller. A los veintitrés tenía su propia cartera de clientes. A los treinta y cinco, cuando su padre murió, heredó los contratos, el instrumental y la reputación que Lorenzo había construido en cuatro décadas, y ni a él ni a nadie se le ocurrió llamarlo de otra manera que la continuación natural de algo que ya existía.

Lo que no sabía que heredaba lo supo tres años después, cuando Gabriela Ruiz del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM publicó un artículo sobre falsificaciones de obra menor en museos regionales del país. El minucioso artículo académico describía patrones alarmantes: técnicas de ejecución pictórica consistentes con las prácticas habituales de un taller de restauración profesional, un dominio absoluto de los materiales históricos y un conocimiento casi obsesivo de los estilos regionales que se imitaban. Por

suerte, el texto no mencionaba nombres ni apellidos. Martín lo leyó en la pantalla de su computadora, en el taller de Santa María la Ribera, con el mismo olor de siempre.

Llamó a su madre esa misma noche. Ella tenía ya setenta y dos años y vivía retirada en Cuernavaca con su hermana. Martín le preguntó directamente si su padre había hecho algo ilegal que él debería saber. Su madre tardó un momento largo en responder. Finalmente, dijo: "Tu padre era un artista". Eso fue todo. Antes de colgar, su madre le preguntó si ya había comido.

***

Martín tiene cuarenta y ocho años. No tiene hijos. Vive solo en el mismo departamento antiguo de Santa María la Ribera donde vivió con su exesposa Claudia durante seis largos años, y que Claudia abandonó sin llevarse casi nada porque dijo, con toda razón, que las cosas del departamento apestaban a barniz y disolvente, y que ella ya no quería oler a trabajo ajeno. Martín no discutió eso en absoluto porque, en el fondo, sabía que era verdad.

En el taller hay dos mesas de trabajo, cuatro lámparas de luz fría, un anaquel con los disolventes ordenados por concentración y un armario donde guarda el equipo de análisis: microscopio portátil, medidor de fluorescencia, *kit* de hisopado para toma de muestras. El armario también tiene, en el cajón de abajo, una carpeta con fotografías de obras que Martín no ha podido ubicar en ningún catálogo ni colección conocida: diecisiete pinturas de distintos tamaños y estilos, todas fotografiadas antes de ser restauradas, todas con una nota al reverso con la fecha y el nombre de quien las entregó. Las notas están escritas con la letra apretada de su padre.

La carpeta lleva tres años en el cajón. Martín la abre a veces sin plan, sin saber qué busca. En las fotografías, antes de que su padre anotara la fecha y el nombre del cliente en

el reverso, alguien encuadró cada obra con cuidado: centrada, con luz lateral, sin sombras. Alguien que sabía lo que valía la pena documentar. Conoce las diecisiete obras de memoria: tres óleos al estilo de Herrán, dos acuarelas atribuibles al Dr. Atl, cuatro paisajes de la escuela de Velasco —distintos a los del museo de Oaxaca—, y ocho retratos de distintos periodos, algunos coloniales, algunos del siglo XIX temprano, todos con una maestría que Martín reconoce sin querer llamarla por su nombre.

***

El responsable de Colecciones del Museo Regional de Oaxaca se llamaba Rodrigo Anaya. Martín lo conocía de dos proyectos anteriores, una persona meticulosa que revisaba los contratos dos veces y nunca firmaba nada sin leerlo completo. Rodrigo llamó el lunes siguiente al informe. Preguntó si Martín estaba seguro. Martín dijo que el análisis era del laboratorio del INBA; él solo había tomado las muestras. Rodrigo preguntó de dónde venían los cuadros. Martín afirmó que eso no era parte de su trabajo.

Rodrigo explicó por teléfono que los tres paisajes habían ingresado al acervo por donación directa en el año 2003. El donante original aparecía registrado como una fundación cultural privada que ya estaba legalmente disuelta. Dicha organización, según lo que el propio Rodrigo había podido rastrear en apenas dos días, había recibido las obras de una galería de la Ciudad de México que cerró en 1997.

Martín anotó el nombre de la galería. Luego hizo como que no lo había anotado.

Esa noche buscó la galería en el archivo de notas que su padre guardaba en una caja de madera que Martín conservó después de su muerte sin revisarla entera. La caja tenía facturas, recibos, correspondencia con clientes, algunos bocetos y dieciséis recibos de una galería con ese nombre exacto, firmados entre 1989 y 1996. En los recibos no

se especificaba qué se pagaba. La cantidad variaba: a veces tres millones de los pesos de entonces, a veces menos, a veces más.

***

Hay una cosa que Martín sabe sobre la falsificación y que no ha dicho a nadie porque no hay nadie a quien decírselo sin que la conversación se convierta en otra cosa.

Los tres paisajes del museo de Oaxaca son buenos porque quien los hizo no estaba imitando a Velasco desde afuera. Estaba completando, con una intuición aterradora, algo que el propio Velasco podría haber pintado si hubiera tenido otro encargo, otra tarde de luz distinta u otro ángulo de visión frente al cerro. Esa clase de mimetismo no sale de estudiar fotografías en libros ni de medir con calibrador las pinceladas de las obras en catálogo. Sale únicamente de haber pasado años limpiando la superficie de los paisajes de Velasco con hisopo y acetona, capa por capa, hasta que debajo del barniz oxidado y de los retoques de anteriores restauradores aparece el gesto original: esa forma de tratar la luz sobre el agua, ese verde específico que Velasco mezcló para el follaje en la distancia media. Alguien que conoce ese gesto desde adentro puede repetirlo. Más que repetirlo: puede continuarlo.

La primera vez que Martín limpió un Velasco auténtico tenía veintiocho años. Pasó tres semanas en esa sola obra: primero el barniz general, luego las capas de repinte que dos restauradores anteriores habían añadido sin registro y, al final, debajo de todo, una franja de cielo original de unos veinte centímetros que nadie había tocado en ciento treinta años. Estuvo un rato parado frente a esa franja sin tocarla, el hisopo todavía mojado en la mano. Su padre estaba en el taller ese día. Desde la otra mesa, sin decir nada, lo estuvo mirando.

***

En agosto, Rodrigo Anaya volvió a llamar. El museo había contratado a otro perito para una segunda opinión. La segunda opinión confirmaba el informe del laboratorio. El museo iba a retirar los tres paisajes de la sala permanente y estaba evaluando si presentar una denuncia.

Martín dijo que era lo correcto.

Rodrigo habló un rato más: la investigación probablemente llevaría a la galería, la galería a sus proveedores, los proveedores a personas que ya podían estar muertas. En casos así, dijo, la cadena de responsabilidad siempre se interrumpía en el punto más conveniente. Luego preguntó si Martín tenía alguna idea de quién podría haber ejecutado las obras. El perito de la segunda opinión había notado que el nivel técnico era inusual para alguien que falsificaba esporádicamente.

Martín dijo que no tenía idea.

Colgaron. Martín caminó despacio hasta el cajón inferior del armario metálico, extrajo la pesada carpeta con las diecisiete fotografías incriminatorias y la depositó con cuidado sobre la mesa de trabajo, justo bajo el haz clínico de la lámpara de luz fría. El reloj marcaba pasadas las nueve de la noche. Comenzó a revisarlas en estricto orden, tal como hacía a veces, con la misma atención que pondría en cualquier obra que alguien le hubiera traído para evaluar: sin prisa, empezando por el reverso de cada fotografía, por la letra de su padre. Los tres óleos al estilo de Herrán, las dos acuarelas del Dr. Atl, los cuatro paisajes, los ocho retratos.

***

Su padre le enseñó a detectar una falsificación por el exceso. El falsificador, decía Lorenzo, siempre pone un poco más de lo necesario: una pincelada de más en el pelo, un detalle anatómico que el artista original habría simplificado,

una sombra demasiado resuelta donde el original habría dejado ambigüedad. El exceso viene del miedo. El falsificador tiene miedo de que la obra no convenza y añade, y en ese añadir se delata.

Lo decía frente a obras auténticas, señalando con el dedo sin tocar la superficie, con la misma precisión con que hablaba de cualquier problema técnico: sin énfasis, sin pausa dramática. Martín escuchó esa lección decenas de veces antes de entender, años después, que su padre no estaba describiendo teóricamente a un falsificador genérico o abstracto. Comprendió que esa precisa taxonomía del engaño la había construido desde adentro, mirándose con recelo sus propias manos manchadas de pintura.

Las diecisiete obras de la carpeta no tienen ese exceso. Eso también era lo que Martín había notado desde el principio y que no había puesto en ningún informe ni en ninguna conversación.

***

En octubre, Martín recibió un correo de una coleccionista privada de Monterrey que quería que evaluara tres retratos del siglo XIX que había comprado en una subasta años atrás. Le adjuntó fotografías de baja resolución, tomadas con celular, con el reflejo de la lámpara del techo sobre el barniz. Martín las abrió en la pantalla y reconoció dos de ellas de inmediato: eran las fotografías cuatro y nueve de la carpeta del cajón. El mismo encuadre, los mismos marcos de madera oscura, los mismos personajes que Martín había mirado durante tres años. Su padre los había fotografiado antes de entregarlos. Ahora estaban en Monterrey, en la casa de una coleccionista que había pagado por ellos creyendo que eran del siglo XIX.

Le respondió al correo que con gusto podía hacer la evaluación. Le dio su tarifa y su disponibilidad.

La coleccionista respondió al día siguiente: “Perfecto, cuando quiera”.

Martín guardó el correo en una carpeta que se llama Pendientes 2024. Lleva dos semanas sin responder.

***

El instrumental que heredó de su padre está guardado en el anaquel junto a los disolventes. Los pinceles en su estuche, los bisturíes en la funda de cuero, las espátulas ordenadas por tamaño. Martín los usa todos los días. Hay uno que no usa: un bisturí de hoja curva que su padre reservaba para limpiezas en zonas de craquelado antiguo, donde la presión tiene que distribuirse de manera distinta. Sabe para qué sirve. Todavía no ha encontrado el momento en que valga la pena sacarlo.

En la funda de cuero, junto al suyo, está el bisturí recto de su padre. El mango de madera está visiblemente desgastado justo donde se apoya el dedo índice cuando se trabaja sobre una superficie inclinada. Martín ha usado el suyo durante años. El desgaste de los dos mangos está exactamente en el mismo lugar.

A veces toma el de hoja curva entre sus dedos sin pensarlo. Luego, asustado, lo devuelve a su lugar.

El algoritmo del abuelo

El repositorio olvidado se llama Legacycore y, según el historial del sistema de control de versiones, lleva exactamente diecisiete años sin recibir un solo *commit*. Diego lo encontró casi por accidente un martes cualquiera de octubre, mientras depuraba obsesivamente la traza de un error recurrente en el módulo de asignación de crédito rural: la función que calculaba el riesgo de impago para comunidades agrícolas en Oaxaca y Guerrero devolvía valores anómalos en ciertos municipios, siempre los mismos, con una consistencia que no podía ser ruido. Siguió la cadena de llamadas hasta un paquete sin documentación en el servidor interno, y en los metadatos del paquete encontró un nombre que conocía: ingeniero Bernardo Ríos Castellanos.

Su abuelo Bernardo murió en 2018. Había sido un orgulloso ingeniero en sistemas dentro del Banco de Crédito Rural desde 1988, un hombre metódico de horarios fijos y ruidosas calculadoras de escritorio que nunca entendió del todo por qué Diego decidió estudiar exactamente lo mismo que él, pero disfrazado bajo otra terminología y otras abstracciones que le parecían innecesarias. Se jubiló en 2005 sin ceremonia, con una placa de reconocimiento que estuvo en la repisa de su cuarto hasta que murió y que nadie supo qué hacer con ella en el reparto de las cosas. Era el tipo de hombre que no tiraba nada que todavía funcionara.

Diego abrió el repositorio.

***

El código es COBOL, que Diego puede leer con el esfuerzo de quien lee una lengua que estudió en la universidad y no ha vuelto a hablar. Hay extensos bloques de comentarios escritos en un español rígido y sin acentos, principalmente porque los teclados y los estándares de codificación de entonces no los permitían, además de algunas notas crípticas en abreviaciones que Diego no siempre puede descifrar a la primera: CALC-RGO, para calcular riesgo; IND-INGR, para índice de ingresos; MPIO-CLASIF, para clasificación de municipio. El código tiene cuarenta y seis funciones. Las que importan están en el bloque de *scoring* crediticio, las que determinan si una solicitud pasa al siguiente nivel de evaluación.

La variable crítica se llama IND-MARG-MPIO, una abreviatura de la época para índice de marginalidad municipal. Esta métrica está construida artesanalmente a partir de tres fuentes de datos que su abuelo codificó a mano allá por los años noventa y que el sistema heredó sin actualizar: el índice de marginación del Consejo Nacional de Población (Conapo) de 1993, la clasificación de municipios por acceso a servicios del Censo de 1990 y una variable que Diego tarda un rato en descifrar porque su nombre en el código es simplemente VAR-LENGUA: una bandera binaria, uno o cero, que indica si en el municipio hay hablantes de lengua indígena registrados en el censo.

La bandera no entra en el cálculo como información neutral. Entra como factor de riesgo. Un municipio con VAR-LENGUA = 1 recibe un ajuste que eleva su índice de marginalidad en un coeficiente de 1.34. Diego lo comprueba horrorizado en la función de *scoring*: el coeficiente discriminatorio está *hardcodeado* directamente en el código fuente, incrustado como una constante inamovible, sin ningún comentario explicativo y sin la menor justificación lógica visible. Allí está, desnudo y brutal: solo el número.

***

Diego tiene treinta y dos años. Trabaja en el área de tecnología del Banco Agrario de Desarrollo, que es el sucesor institucional del Banrural, que era el sucesor del Banco de Crédito Rural, que era donde su abuelo trabajó. No lo supo cuando entró: el nombre del banco nuevo era otro, la sede era otra, los sistemas eran en teoría nuevos. El Legacycore sobrevivió porque nadie en diecisiete años tuvo motivo para buscar qué había debajo de la función de asignación de crédito rural, y las migraciones de sistema se hicieron envolviendo el código antiguo en capas de interfaz modernas sin tocarlo. Es, por desgracia, una práctica demasiado común en la industria. Técnicamente se le llama *encapsulamiento*, aunque en la práctica es solo contención de daños. El mismo Diego lo ha hecho en otros proyectos urgentes: cuando el sistema viejo funciona y ni el tiempo ni el presupuesto alcanzan para reescribirlo desde cero, se construye una estructura moderna alrededor, se documenta que hay algo adentro que no se tocó, y se espera que el problema que no se buscó no aparezca por su cuenta.

Comparte la oficina diáfana con otras cuatro personas del equipo. Sin embargo, a las seis de la tarde, cuando los otros apagan sus máquinas y salen, Diego se queda solo frente al resplandor azul de la pantalla, con el repositorio prohibido abierto de par en par. Tiene acceso de escritura. Lo tiene porque es el responsable técnico del módulo de *scoring* desde hace un año, y eso significa que puede modificar el código, hacer pruebas en el entorno de desarrollo, proponer cambios al comité de arquitectura. El proceso para modificar una función crítica requiere documentación, revisión de dos pares, aprobación del comité y pruebas de regresión. Diego conoce el proceso porque lo redactó él.

Nadie le pidió que buscara el Legacycore. El repositorio no aparece en ningún mapa de sistemas que Diego haya visto desde que entró.

***

En 1993, cuando su abuelo Bernardo construyó el sistema, los municipios con mayor concentración de hablantes de lengua indígena eran estadísticamente los de mayor marginación en los índices del CONAPO. La correlación era real. La variable VAR-LENGUA capturaba, de manera indirecta, una realidad socioeconómica que los otros datos del censo no siempre reflejaban con precisión. Alguien razonando con los datos de entonces podía llegar a ese coeficiente y defenderlo como una mejora en la capacidad predictiva del modelo.

Diego pasó dos días leyendo los documentos metodológicos del CONAPO de los noventa, escaneados en el archivo histórico de la institución, hasta entender cómo su abuelo había llegado ahí. Su abuelo, muy probablemente, no creía estar *discriminando* en el sentido sociológico y político en que Diego conoce y utiliza esa palabra ahora. Estaba simplemente midiendo riesgos financieros con los limitados instrumentos estadísticos que tenía a su alcance, atrapado en el lenguaje técnico y frío de su tiempo, intentando cuantificar una desigualdad estructural que el sistema crediticio, por diseño, tampoco tenía ninguna intención de resolver.

El problema es que el sistema de 1993 está todavía corriendo en 2024, con los coeficientes de 1993, sobre solicitudes de crédito reales de comunidades en Oaxaca y Guerrero. Los índices de marginación cambiaron. La distribución de hablantes de lengua indígena cambió. En algunos municipios de la Sierra Juárez el ingreso promedio se duplicó entre 2000 y 2020 sin que el sistema lo registrara porque no lee el Censo de 2020: lee los datos que su abuelo codificó hace treinta y un años. Aquella correlación que

en 1993 era quizás estadísticamente defendible, lleva años convertida en una variable *proxy* que ya no mide realmente la pobreza financiera; lo que mide con exactitud quirúrgica es la pertenencia cultural, y el sistema la penaliza automáticamente.

Diego calculó cuántas solicitudes pasan por ese módulo al año: entre ocho y doce mil. Estimó, con los datos a los que tiene acceso, que el ajuste del coeficiente afecta aproximadamente a un treinta y ocho por ciento de ellas. Prefirió no calcular cuántas de esas solicitudes habrían tenido un resultado distinto con un coeficiente de 1.0; abrió el archivo, escribió la función del cálculo, y lo cerró antes de correrla.

***

Su abuelo Bernardo le enseñó a jugar ajedrez cuando Diego tenía ocho años. Le enseñó con paciencia la apertura española y le explicó, una y otra vez, que tanto en el ajedrez como en la ingeniería de sistemas lo único que importa es no cometer errores evitables, bajo la premisa de que los errores inevitables siempre los termina cometiendo el contrario. Diego jugó con él hasta los quince, cuando empezó a ganarle con regularidad y su abuelo dejó de proponerle partidas. Siguieron siendo cercanos de otras maneras: domingos en la casa de los abuelos, conversaciones sobre futbol, el regalo, para el ingreso a la universidad, de una calculadora científica que Diego conserva, aunque hace doce años que no la usa.

Cuando Diego entró a trabajar en el banco, su abuelo le preguntó qué lenguaje usaban. Diego dijo que principalmente Python, algo de Java para los módulos heredados. Su abuelo asintió sin comentar. Después de un silencio dijo que en su tiempo el lenguaje no importaba tanto como el modelo: si el modelo era correcto, el código era lo de menos. Siguieron hablando de otra cosa. Era el tipo de conversación que terminaba antes de donde podría llegar.

En las conversaciones que tuvieron sobre el trabajo, su abuelo hablaba de los sistemas como de infraestructura: caminos que uno construye para que otros pasen, sin importar mucho quiénes son ni adónde van. Diego escuchó esa frase varias veces a lo largo de los años, siempre dicha con la misma naturalidad con que su abuelo hablaba del ajedrez o del clima. La calculadora científica sigue en el cajón de su escritorio. Diego no la ha tirado.

***

Diego redactó la modificación en una hora: eliminar VAR-LENGUA de la función de *scoring*, recalibrar el coeficiente de IND-MARG-MPIO con los datos del índice de marginación del CONAPO 2020, añadir documentación del cambio. Son cuarenta líneas de código. En el entorno de desarrollo corrió las pruebas: el modelo sigue siendo predictivo, la tasa de error no aumenta de manera significativa. La modificación es técnicamente correcta.

Mantiene esa solución guardada celosamente en una rama local de su equipo que se llama Fix/scoring-bias desde hace ya tres semanas. Todavía no la ha subido al repositorio central, y cada día que pasa es menos probable que lo haga.

Para iniciar el proceso de revisión tiene que escribir un *ticket* describiendo el cambio propuesto. El *ticket* va al Comité de Arquitectura, que incluye al director de Tecnología y al director de Riesgo Crediticio. El director de Riesgo Crediticio es un hombre que lleva veintidós años en la institución y que en la única reunión en que Diego lo ha tenido que enfrentar le dijo que el modelo de *scoring* rural tenía una tasa de impago histórica del cuatro por ciento, la más baja del sector, y que eso significaba que funcionaba. Diego no respondió nada sobre ese punto. Se fue de la reunión con la cifra en la cabeza: cuatro por ciento de impago sobre las solicitudes que llegaban a evaluación, no sobre las que el modelo rechazaba antes de llegar.

***

Hay noches en que abre los dos archivos en paralelo: el código de su abuelo en una ventana y su propia rama con el Fix en la otra. El COBOL de 1993 tiene una elegancia que Diego reconoce, aunque no sea su lenguaje: su abuelo construyó algo que duró más de treinta años sin romperse, que sobrevivió tres migraciones de sistema y dos cambios de nombre institucional y ninguna auditoría que llegara hasta ese nivel. El código tiene comentarios sin acento, abreviaciones que tardan en descifrarse, una lógica que requiere leerla dos veces para seguirla, y aun así cada función hace exactamente lo que dice hacer, sin desbordarse, sin ambigüedad. Es código de alguien que sabía que nadie más iba a mantenerlo y lo escribió de todas formas para que durara.

La rama Fix/scoring-bias tiene cuarenta líneas y tres semanas de vida. Diego no ha subido el código. Sabe que si lo hace tendrá que explicar cómo encontró el Legacycore, por qué lo estaba leyendo, qué buscaba cuando llegó hasta VAR-LENGUA. Tendrá que escribir en el *ticket* la palabra discriminación, que en el lenguaje del Comité de Arquitectura va a requerir validación legal antes de cualquier cambio. La validación legal va a implicar una auditoría. La auditoría va a llegar a los datos históricos.

Los datos históricos tienen treinta y un años.

A las ocho y media cierra las dos ventanas. Apaga el monitor. Sale a la calle, donde hay un puesto de tamales en la esquina que cierra a las nueve, y compra dos de rajas porque el dueño ya sabe cuáles pide.

***

El martes siguiente tiene una reunión con el equipo sobre la migración al nuevo módulo de interfaz. Diego preparó los materiales el lunes por la noche. En uno de los diagramas aparece el Legacycore como caja negra etiquetada *scoring*

rural (*legacy*): un rectángulo gris con una flecha de entrada y una flecha de salida, sin detalle interno, como aparece en todos los diagramas de arquitectura desde que Diego llegó.

Nadie pregunta por el interior de la caja. En el diagrama la caja es gris, del mismo gris que todas las cajas heredadas. Diego tampoco lo menciona.

Al terminar la reunión, mientras los demás salen, minimiza el diagrama y abre el repositorio. La rama Fix/scoring-bias lleva veintidós días sin un *commit* nuevo. Diego abre el último archivo que modificó, el que contiene la función de *scoring* recalibrada, y lee las cuarenta líneas de principio a fin. Al terminar, baja hasta el bloque donde estaba VAR-LENGUA y lo lee también, el bloque vacío que quedó donde antes estaba el coeficiente, los comentarios que agregó explicando el cambio, la fecha en que lo escribió. Las conoce de memoria. Cierra el archivo sin hacer nada. Abre el navegador, escribe la dirección del sistema de *tickets*, deja el cursor parpadeando en el campo de título durante cuarenta y cinco segundos.

Luego, con un suspiro de resignación, vuelve a abrir el diagrama de la reunión y ajusta meticulosamente el margen de aquel rectángulo gris y opaco apenas un milímetro hacia la derecha, asegurándose de que el secreto quede perfectamente centrado y alineado con el resto del sistema.

Segunda lengua

La grabadora lleva tres horas sobre la mesa de la cocina. La abuela habla sin mirarla, con la vista hacia el patio donde hay una pila de bloques de cemento que llevan dos años esperando convertirse en algo. El cuaderno de Sara tiene cuarenta y seis páginas llenas en esta visita, más que en las dos anteriores, y eso se debe en parte a que esta vez Sara llegó con un protocolo distinto: en lugar de pedirle mecánicamente que produzca listas de vocabulario aislado —el método estándar de las visitas anteriores, sin duda el más rápido, pero también el más estéril para captar la sintaxis natural—, le pidió simplemente que hablara con libertad. Que dijera cualquier cosa que quisiera decir. Su abuela lleva hablando desde las nueve de la mañana.

Lo que produce su abuela es totonaco de variante de Coyutla, que tiene algunas diferencias fonológicas con el de Papantla y diferencias más profundas con el de la sierra. Sara lo sabe porque lleva tres años en el doctorado estudiando exactamente eso, las variantes, las fronteras donde una variante termina y la otra empieza sin que nadie en las comunidades haya acordado nunca dónde trazar la línea. Su directora de tesis le advirtió muy seriamente, apenas eligió el tema, que el proyecto era vital pero sumamente delicado: documentar una lengua amenazada con hablantes vivos requiere un protocolo ético estricto de consentimiento informado y devolución comunitaria que la lingüística de campo tradicional no siempre ha practicado con el rigor

necesario. Sara redactó ese protocolo desde cero. Le llevó un mes completo de revisiones.

Su abuela tiene ochenta y un años.

***

La abuela se llama Esperanza Nájera, pero en la familia todos le dicen Mamá Pepa, que no tiene relación evidente con Esperanza ni con pepa y que Sara lleva toda la vida usando sin preguntarse de dónde viene. En el cuaderno de documentación, la primera página tiene el encabezado formal: "Hablante: E. Nájera. F. de nacimiento: 1943. Variante: Coyutla (Totonacapan norte). Condición: hablante pasiva / activa". La distinción técnica importa muchísimo: un hablante pasivo entiende la lengua, pero no la produce con fluidez; uno activo la genera y la vive. Su abuela es una hablante plenamente activa cuando quiere serlo, y estratégicamente pasiva cuando prefiere, por conveniencia, que nadie a su alrededor entienda lo que realmente dice. Sara lo supo desde niña, antes de saber que esa distinción tenía nombre.

La propia hija de Mamá Pepa, que es la madre de Sara, nunca aprendió ni una palabra de totonaco. Lo dice siempre con la frialdad y naturalidad de quien reporta un dato climático ajeno: en mi época ya no se enseñaba nada de eso y los maestros rurales lo prohibían terminantemente. Sara creció en Xalapa, estudió la licenciatura en lingüística en la Universidad de Veracruz, la maestría en el Distrito Federal y ahí mismo el doctorado. Para cuando eligió el totonaco como lengua de estudio tenía veintiocho años y había estado en la comunidad de su abuela exactamente cuatro veces en su vida adulta: dos bodas, un funeral, la visita de cuando eligió el tema.

***

El descubrimiento ocurrió en la cuarta sesión de grabación, un martes de noviembre, mientras Sara transcribía en el cuarto que su tía le presta cuando viene a documentar. La transcripción es el trabajo que nadie menciona cuando se habla de lingüística de campo: por cada hora de grabación hay entre seis y diez horas de transcripción, dependiendo de la calidad del audio, de la velocidad del habla, de cuánto contexto falta para interpretar lo que se dijo. Sara es rápida. Lleva tres años afinando el oído.

En la grabación de aquel martes, exactamente en el minuto cuarenta y dos, su abuela utilizó una palabra muy específica para referirse al tipo de silencio denso que precede a la lluvia. Sara la escuchó, pausó el audio y anotó la forma fonológica precisa utilizando los símbolos del alfabeto fonético internacional adaptado al totonaco, buscó en sus registros anteriores de las sesiones de Mamá Pepa: la palabra no aparecía. Buscó frenéticamente en el vocabulario clásico de Herman Aschmann de 1983 y también en el de Norman McQuown de 1990: la palabra tampoco estaba ahí. Finalmente buscó en la base de datos digital del Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI) y sí, allí aparecía, registrada en dos entradas antiguas, ambas registradas por el mismo documentador en la variante de Papantla, con una nota que decía posible arcaísmo, no confirmado en hablantes actuales.

Abrió un archivo nuevo en el procesador, escribió la forma fonológica, empezó a teclear la glosa en español, y se detuvo. Tenía la palabra en la boca. No la totonaca: la suya, la que había cargado desde niña creyendo que era un invento propio, esa deformación sin fuente que los niños a veces producen y nadie corrige porque nadie la entiende. Escribió su versión debajo de la registrada. Las comparó.

***

La primera vez que Sara oyó esa palabra tenía cinco o seis años, en una visita a casa de su abuela que no recuerda con detalle, salvo por el olor de los frijoles en el comal y la luz de esa tarde, que era la luz específica de antes de que lloviera: esa que baja más horizontal, que hace que los colores se vean distintos sin que uno sepa exactamente en qué cambiaron. Su abuela estaba en el patio y dijo algo que Sara no entendió, una sola palabra, dicha hacia el cielo más que a nadie, y desde entonces Sara usó esa palabra —o su versión de esa palabra, la versión que un niño de cinco años retiene de algo que oye una vez— para nombrar ese tipo de silencio. La usaba en su cabeza, sin decírsela a nadie, de la manera en que los niños guardan palabras que se sienten propias.

En el cuarto de su tía, las dos formas escritas una debajo de la otra. La única diferencia técnica era la que existe entre una articulación de adulto y una de niño: tenían exactamente el mismo cuerpo sonoro de la palabra, las consonantes glotales en el mismo orden riguroso y la vocal larga ubicada en el lugar correcto. Una era la palabra registrada en los archivos del INALI. La otra era lo que Sara había llevado encima durante veinticinco años sin saber qué era.

***

En los meses siguientes Sara revisó su vocabulario de infancia con la metodología que usaba para revisar cualquier dato de campo: sistemáticamente, sin conclusiones anticipadas. Tenía un inventario secreto de palabras que siempre había creído inventadas por su imaginación infantil: algunas las había usado en voz alta alguna vez y absolutamente nadie las entendió, mientras que otras vivían solo adentro, agazapadas en ese espacio íntimo de la subvocalización donde uno

se habla a sí mismo antes de hablar con el mundo. Tomó las que recordaba con suficiente claridad para transcribirlas y las comparó con sus registros de las grabaciones de su abuela, con Aschmann, con McQuown, con la base del INALI.

Encontró siete.

Siete palabras que había llevado durante veinte o veinticinco años creyendo que eran suyas, que venían de algún proceso de la infancia que los niños hacen solos: la condensación de dos sonidos en uno, la deformación de una palabra en otra, la invención pura. Siete palabras que eran totonaco de variante Coyutla. Tres de ellas sin registro documentado en ninguna fuente que Sara pudiera localizar. Palabras que su abuela le había dicho una vez, o que había dicho cerca de ella sin dirigírselas, y que Sara había guardado sin saber qué guardaba.

No había forma de saber en qué contexto las aprendió. No había forma de saber si había más.

***

Su directora de tesis se llama Adriana Maldonado y trabaja en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Sara le envió un correo con el hallazgo en enero, redactado con el tono de un reporte de avance: los datos, el método de comparación, las fuentes consultadas, las tres palabras sin registro. La doctora Maldonado respondió en dos horas, cosa que no era su costumbre, y dijo que era extraordinario y que Sara tenía que publicarlo, que era exactamente el tipo de evidencia que la psicolingüística del contacto de lenguas llevaba años buscando: adquisición inconsciente en hablantes de herencia de segunda generación, sin instrucción formal, sin exposición sostenida.

Sara leyó el correo dos veces. Había estructurado el hallazgo como un problema metodológico, una anomalía que el corpus no podía explicar por sí solo. La doctora

Maldonado lo leía como otra cosa: como evidencia de un proceso que había ocurrido en el cuerpo de Sara antes de que Sara tuviera vocabulario para nombrarlo.

En el mismo correo la doctora Maldonado preguntó algo más que Sara tardó tres días en contestar: "¿Tu abuela sabe?"

***

Mamá Pepa escucha el planteamiento sentada en el mismo lugar donde pasa las mañanas, frente a la ventana que da al patio con los bloques de cemento. Sara le explica lo que encontró usando las palabras que puede usar, mezclando español con el totonaco que sabe: que hay palabras que su abuela dijo cerca de ella cuando era chica, palabras que Sara guardó creyendo que eran inventadas y que resultaron ser palabras de verdad en la lengua de su abuela. Le dice el número: siete. Le dice cuántas no tienen registro en ningún lado: tres. Su abuela la mira mientras habla, con la atención específica que tiene cuando algo le parece que vale la pena escuchar hasta el final.

Cuando Sara termina, su abuela dice en totonaco algo que Sara entiende parcialmente: "Algo como eso siempre supe".

Sara anota la frase en el cuaderno, con la fecha y la hora.

Luego le pregunta, en español y en lo que sabe de totonaco, mitad y mitad: "¿Qué más me enseñaste que yo no supe que aprendí?".

Su abuela abre un poco las manos, el gesto que en ella significa que la pregunta es más grande que la respuesta que puede darse. Mira hacia el patio un momento. Luego mira a Sara. Dice: ya vas a saber.

Afuera, el cielo lleva desde las once con esa luz particular, la que viene antes de la lluvia, y las dos lo saben sin decirlo.

***

La tesis tiene ahora una sección que no estaba en el plan original: cuatro páginas sobre las siete palabras, el método de identificación, las tres sin registro previo. La sección se llama "Transmisión inconsciente en hablante de herencia: estudio de caso". La doctora Maldonado quiere ampliarla para publicación separada.

Hay una tabla en esa sección con tres columnas: la forma fonológica registrada en las grabaciones de la abuela, la forma que Sara conservó, la glosa en español. Llenarla le tomó más tiempo del que debería haber tomado. La dificultad no estaba en los datos —los datos eran precisos, verificables, con fuentes—, sino en la tercera columna de las tres palabras sin registro, donde el campo de glosa pedía un equivalente en español y Sara no tenía ninguno que fuera exacto. Escribió "sin equivalente directo" en los tres casos y lo dejó así. La doctora Maldonado no lo objetó.

Esas tres palabras nombran conceptos intraducibles: el silencio denso y específico que hay justo antes de que llueva; la calidad de luz dorada de cierta hora de la tarde en meses de temporal, y una forma muy particular de esperar que implica saber con certeza lo que se espera, pero ignorar angustiosamente cuándo llega. En los tres casos Sara intentó escribir un equivalente en español y borró lo que escribió. El silencio antes de la lluvia tiene en español "el silencio antes de la lluvia", que es una descripción, no una palabra. La forma de esperar tiene quizás el verbo aguardar, pero aguardar no dice lo que dice la palabra en totonaco, que nombra la espera desde adentro de quien sabe lo que viene. Sara escribió sin equivalente directo en los tres campos y cerró el archivo.

Sara las tiene registradas en su cuaderno de campo, página ochenta y tres, escritas cuidadosamente con los

símbolos del alfabeto fonético a mano, y con la forma imperfecta que ella conservó desde niña, justo debajo, en una letra mucho más pequeña y privada. Las páginas son de papel cuadriculado, el tipo que Sara usa para todas las transcripciones porque el cuadrado ayuda a alinear los diacríticos. Lleva cuatro cuadernos en este doctorado. Las siete palabras están en el cuarto.

En diciembre, dos semanas antes de entregar el borrador de tesis, Sara estaba en el departamento que renta en Coyoacán hablando por teléfono con su madre. Era una tarde gris de temporal, de esas en que la lluvia lleva horas amenazando con romperse sin terminar de caer. Su madre, desde la otra línea, le preguntó distraída cómo tenía el capítulo de la introducción. Sara suspiró y dijo que ya casi estaba listo. Hubo un denso silencio en la línea. Afuera la luz era la de siempre antes de la lluvia: esa que baja diferente, que cambia los colores sin que uno sepa en qué. Sara usó instintivamente la palabra totonaca. La pronunció en voz alta, clara y rotunda, dirigida hacia la ventana abierta, sin darse cuenta siquiera de que la estaba diciendo.

Su madre, desde el teléfono, preguntó extrañada qué había dicho.

Sara sonrió y dijo simplemente: "Nada, mamá, es solo el clima".

IV Herencias de silencio

La fotografía del fusilado

La foto estaba en una caja de zapatos que Javier no había abierto en doce años.

La caja venía del departamento de su abuelo en la colonia Doctores, vaciado en 2011 después del funeral. Su madre había empacado lo que encontró de valor —algunos libros, una cartera de piel, un reloj que no funcionaba— y lo que no quiso tirar sin preguntarle a alguien primero. La caja de zapatos quedó en la bodega de la casa de Cuernavaca donde Javier creció, y cuando su madre vendió la casa en 2018 Javier la recogió sin abrirla y la puso en el clóset del cuarto de servicio de su departamento en Tlalpan, donde vivió con la foto durante cuatro años sin saberlo.

Finalmente se decidió a abrirla un aburrido sábado de noviembre, únicamente porque necesitaba la caja de cartón rígido, no el contenido sentimental. Quería guardar y organizar unos papeles urgentes de trabajo y buscó desesperadamente en el fondo del clóset algo resistente donde meterlos.

Adentro estaban las fotos del abuelo que su madre había sacado del departamento: algunas en sobre de revelado, otras sueltas. Javier las revisó sin urgencia, reconociendo caras, poniendo a un lado las que quería conservar. Había viejas fotos de boda que conocía de memoria, fotos borrosas de días de campo que no conocía en absoluto y una foto entrañable del abuelo de joven vistiendo un traje cruzado que le quedaba visiblemente grande en los hombros. Estaba

ya llegando al fondo mismo de la caja cuando sus dedos tocaron la única imagen que no reconocía y que parecía tener un peso distinto.

***

En la foto hay seis hombres de pie en una línea. Detrás de ellos hay una pared de adobe, blanca, con manchas de humedad en la parte baja. A la izquierda del encuadre hay algo que podría ser el borde de un vehículo. Cinco de los seis hombres tienen rifles. El sexto, que está en el extremo derecho de la línea, tiene los brazos cruzados. Todos miran hacia la cámara.

Tirados frente a ellos, directamente sobre el suelo de tierra seca, hay dos hombres inertes. Ambos están boca arriba. Uno tiene el brazo derecho extendido rígidamente hacia un lado, con la palma de la mano abierta hacia el cielo. El otro tiene las piernas dobladas bajo el torso en un ángulo antinatural y doloroso que simplemente no ocurre en los cuerpos que todavía están vivos.

El hombre del extremo derecho, el que tiene los brazos cruzados y no carga rifle, es el abuelo de Javier. Tiene quizás treinta años en la foto, lo que sitúa la imagen en algún momento de los años sesenta. La luz del día le cae de frente: se ven bien los rasgos, la línea del mentón, la forma de las cejas. Mira a la cámara con la boca levemente abierta, los dientes visibles, los pómulos levantados hacia los ojos.

***

El abuelo se llamaba Germán Solís Ramos y murió a los setenta y nueve años de un paro cardíaco mientras veía el noticiero de las diez. Era contador público. Había trabajado treinta años para una empresa distribuidora de materiales de construcción en la Ciudad de México y se jubiló en 1994. Después de jubilarse se fue a vivir solo al departamento de

la Doctores porque dijo que Cuernavaca le daba calor y que prefería el ruido de la ciudad al silencio de los jardines.

Javier lo recuerda como un hombre de hábitos precisos: el periódico doblado en cuartos, el café solo sin azúcar, el horario de comida que no variaba ni en vacaciones. En los cumpleaños de la familia contaba los mismos chistes, en el mismo orden, y todos reían porque ya los esperaban. Era hermético y callado en todos los asuntos personales: en más de treinta años de trato, Javier no recuerda haberle oído mencionar jamás los nombres de sus propios padres ni hablar de su infancia más allá de escuetos datos geográficos que parecían recitados de memoria para no dar detalles. Era de Huauchinango, se había venido a estudiar a los dieciséis, no había vuelto. Javier nunca le preguntó por qué.

Hay una tarde que recuerda bien. Javier tendría ocho o nueve años y su abuelo lo llevó a la papelería a comprar cuadernos para el colegio. En el camino de regreso pararon en una fondita a tomar agua de jamaica. Su abuelo pidió las dos bebidas con voz suave, pagó la cuenta con un billete grande sin mirar siquiera el precio, recibió el cambio, dobló los billetes con precisión y los guardó en el bolsillo interior del saco. Estuvieron un rato largo callados, hombro con hombro, viendo pasar gente por la calle. Javier no recuerda que se haya dicho nada de importancia. Era solo un hombre sentado con su nieto tomando agua de jamaica en una fondita, un miércoles por la tarde, en algún año de los noventa.

***

Javier pasó una hora buscando en internet.

La foto no tiene fecha escrita, no tiene nombre en el reverso, no tiene ningún elemento que la ubique más allá de la pared de adobe y el vehículo parcialmente visible. Los hombres visten ropa civil. No hay uniformes, no hay insignias. Javier buscó imágenes de fusilamientos en México en los años sesenta, luego en los cincuenta, luego en los setenta.

Encontró fotografías de Rubén Jaramillo, de los mártires de Tlatelolco, de la represión en Guerrero. Las imágenes que encontraba eran de otro tipo: escenas conocidas, documentadas, con nombres al pie y archivos de procedencia. La foto del abuelo no tenía absolutamente nada de eso. No tenía rastro en archive.org, no tenía crédito fotográfico al pie, no tenía metadatos ni historial; no tenía a nadie en el mundo que la hubiera encontrado, escaneado o reclamado antes que él.

Buscó a Germán Solís Ramos en registros públicos, en notas de periódicos, en los archivos digitalizados del Archivo General de la Nación. El nombre completo aparecía únicamente en tres registros distintos y dispersos, pero ninguno estaba relacionado con el abuelo: un dentista en Veracruz, un estudiante de ingeniería en los ochenta. Frustrado, buscó entonces las palabras clave: *Huauchinango* y *violencia política* en la década de los sesenta. Encontró artículos académicos sobre el movimiento campesino en la Sierra Norte de Puebla, sobre las guardias blancas, sobre los conflictos agrarios de esa época y esa geografía.

Cerró la computadora.

***

La foto es en blanco y negro, papel de revelado grueso, del tipo que se usaba antes de que los rollos de treinta y seis exposiciones se volvieran estándar. Tiene los bordes dentados, característico de ciertas cámaras de los años cincuenta y sesenta. Javier la examinó con la lupa que usa para revisar contratos: la imagen es nítida en el centro y se pierde en los bordes. Los dos hombres en el suelo tienen ropa oscura, de trabajo. El del brazo extendido tiene los ojos abiertos. El vehículo al borde del encuadre tiene la carrocería de un modelo de los cincuenta o principios de los sesenta; se alcanza a ver parte de la defensa delantera y lo que podría ser el estribo.

Hay cosas que la foto no dice. No dice quiénes eran los dos hombres en el suelo. No dice por qué estaban ahí. No dice en qué calidad estaba el abuelo: si mandaba, si obedecía, si simplemente estuvo. La cámara era de alguien. Alguien decidió tomar esa fotografía. Alguien estaba fuera del encuadre, del lado de acá.

Javier tiene cuarenta y dos años. Trabaja en una empresa de seguros en la Roma Norte, lleva doce años en el mismo despacho, almuerza siempre en la misma fonda de la calle Tonalá. No tiene hijos. Tiene una hermana menor en Monterrey con quien habla pocas veces al año. Su madre murió en 2020. No hay nadie vivo que haya visto esta foto antes.

***

Fue al cuarto de servicio a buscar la caja de zapatos. Las otras fotos estaban donde las había dejado, esparcidas sobre la cama. Tomó la foto, la examinó de nuevo bajo la luz del cuarto. El mismo encuadre. Los mismos seis hombres. Los mismos dos en el suelo.

Tomó el celular, buscó el número de su hermana. Lo tuvo en la pantalla un momento. Lo apagó.

Su hermana tiene una hija de once años que recuerda al abuelo Germán repartiendo gomitas en los cumpleaños.

En el trabajo hay un colega que estudió Historia en la UNAM, especialidad en el siglo XX; se llama Ignacio. Javier lo buscó en el directorio interno, encontró su correo, abrió un mensaje nuevo. Escribió rápidamente: "Oye, quería preguntarte algo confidencial de historia local de Puebla, años sesenta". Lo leyó y lo borró de inmediato. Escribió de nuevo, más vago: "¿Tienes tiempo para un café esta semana?". Lo borró también, sintiendo un sudor frío. Finalmente cerró la pestaña del correo.

Recogió las demás fotos de la cama y las metió de vuelta en la caja de zapatos: las de boda, las del campo, la

del traje que le quedaba grande. Las acomodó en orden, sin urgencia, como quien archiva. La caja quedó en el piso junto a la puerta.

Puso la foto boca abajo sobre la cama.

***

La semana siguiente Javier fue a Huauchinango.

No planeó ir. Salió un sábado con la idea de manejar hacia ningún lado en particular y terminó tomando la autopista a Puebla y luego el desvío hacia la sierra. Llegó a Huauchinango pasado el mediodía. Es un municipio de la Sierra, con calles empinadas y mercado central y esa humedad fría de los pueblos altos de Puebla. Caminó por el centro sin saber qué buscaba, entró a la Presidencia Municipal, pidió al encargado de archivo si había registros civiles del municipio de los años cuarenta y cincuenta. El hombre le dijo que sí, que los registros en papel estaban en el archivo del Estado en Puebla, que en el municipio solo tenían lo digitalizado desde 1990.

Javier preguntó si había alguien que conociera la historia local del periodo. El encargado le dijo que el párroco llevaba veintitantos años en el municipio y que era aficionado a la historia. Fue a la iglesia. El párroco no estaba. Javier esperó inútilmente durante veinte largos minutos sentado en una banca de hierro del atrio. El lugar tiene un árbol inmenso en el centro, quizás un fresno antiguo o algo parecido, bajo cuya sombra cruzaron dos señoras cargando bolsas del mercado sin detenerse siquiera a mirarlo. Un perro durmió todo el tiempo junto a la banca de enfrente. Javier sacó la foto del sobre donde la traía y la miró un momento. La metió de vuelta. Se fue.

Manejó de regreso por la tarde, cuatro horas de sierra y autopista, sin haber encontrado nada.

***

La foto estuvo boca abajo sobre la mesita de noche durante veinticuatro días. Cada mañana Javier la veía al levantarse. Cuatro veces la tomó y cuatro veces la volvió a poner boca abajo sin darle vuelta.

La primera semana buscó un encendedor en el cajón de la cocina y encontró uno. Lo tuvo en la mano diez minutos junto a la foto. No lo encendió. Devolvió el encendedor al cajón y la foto a la mesita.

La segunda semana llevó la foto a la oficina en un sobre de papel manila, sin nombre, sin destinatario. Estuvo el sobre tres días en el cajón del escritorio junto a contratos y facturas. Al tercer día se lo llevó de regreso a casa.

Destruirla no cambia lo que la foto contiene. Guardarla es lo que ha hecho durante cuatro años sin querer. Mostrársela a alguien convierte algo que es suyo, exclusivamente suyo en este momento, en algo que pertenece también a quien la vea, y eso no puede revertirse.

El abuelo está muerto. Los dos hombres en el suelo están muertos. Los otros cinco hombres de la línea probablemente están muertos. La persona que tomó la foto está muerta. La foto está ahí y también Javier, que la encontró un sábado de noviembre porque necesitaba la caja.

***

Un miércoles por la noche Javier sacó la foto del cuarto de servicio, fue a la cocina, puso agua a hervir para el té que toma antes de dormir. Dejó la foto sobre la mesa de la cocina, boca arriba. La examinó mientras esperaba. Afuera llovía con una persistencia sorda contra los vidrios. La vieja luz de la cocina tiene un tono amarillo y enfermizo que, paradójicamente, hace que las cosas sobre la mesa se vean mucho más oscuras y contrastadas de lo que son en cualquier otro lugar de la casa.

Los seis hombres. La pared de adobe. Los dos en el suelo. El abuelo con los brazos cruzados y la boca levemente abierta, los dientes visibles.

El hombre que Javier conoció contaba los mismos chistes en el mismo orden. Doblaba el periódico en cuartos. Tomaba el café solo. En treinta años de convivencia ese hombre no hizo nada que Javier pudiera llamar malo. Fue un buen abuelo: presente, puntual, inofensivo.

El agua hirvió.

Con un movimiento decidido, Javier dobló la vieja fotografía por la mitad, cuidando que el lado de la imagen quedara hacia adentro. La dobló de nuevo, marcando el pliegue con la uña. La metió a presión en el bolsillo trasero de su pantalón.

Preparó su té de manzanilla en silencio. Se lo tomó despacio, de pie junto al calor residual de la estufa. Cuando terminó el último sorbo lavó la taza bajo el chorro de agua fría, la dejó boca abajo en el escurridor metálico y apagó la luz de la cocina.

La foto, ahora deformada y oculta, siguió pesando dentro de su bolsillo.

La testigo

Lo vio llegar desde la ventana de la cocina.

Era un muchacho joven, de unos veinticinco años, cargando una mochila deportiva y con esa inconfundible cara de ciudad, de piel limpia y ropa demasiado nueva. Venía caminando por la calle de tierra seca mirando los números borrosos de las casas con el teléfono inteligente en la mano, avanzando muy despacio, exactamente como quien coteja una dirección digital que no termina de cuadrar con la realidad precaria que tiene enfrente. Consuelo lo observó el tiempo que tardó en pasar el portón del vecino y llegar a su barda. Antes de que él alzara la vista ella ya había puesto el trapo sobre el borde del fregadero y se había secado las manos.

Cuando tocaron no fue a abrir de inmediato. Caminó primero hacia la sala, apagó el ruido del televisor, y se detuvo un segundo para acomodar con fuerza el cojín bordado que siempre queda torcido en el sillón chico. Sacó rápidamente de la mesa de centro los dos vasos vacíos que había dejado olvidados desde el desayuno y se los llevó casi corriendo a la cocina. Puso agua a calentar en la olla chica, aunque no sabía todavía si iba a necesitarla. Luego fue a la puerta.

***

El muchacho dijo que se llamaba Mateo Cisneros Vargas y que venía de la Ciudad de México; que su abuelo se había

llamado Bernardo Cisneros Ríos y que había muerto en esta colonia, en esta calle, en abril de 1971; que el año pasado una señora en Toluca, antes de morir, le había dado el nombre de Consuelo. Mencionó finalmente, con un hilo de voz, que solo quería saber qué había pasado realmente. Dijo todo esto de corrido, parado en el umbral sin intentar empujar la puerta, con los brazos rígidos a los lados del cuerpo, tal como si hubiera ensayado la postura y las palabras frente a un espejo.

Consuelo lo dejó terminar. Luego dijo: "Pase".

Lo sentó en la sala. Le ofreció agua. El muchacho aceptó. Consuelo fue a la cocina, llenó un vaso, lo trajo. Mientras él bebía, ella lo miraba. Tenía las manos largas y elegantes, los dedos delgados de quien no trabaja la tierra, las uñas perfectamente limpias y sin rebaba. Pero tenía, también, en la forma cuadrada y firme del mentón, algo antiguo y familiar que la hizo quedarse mirándolo fijamente, conteniendo la respiración un momento antes de atreverse a hablar.

—¿Qué quiere saber?

—Todo —dijo él. Luego, más despacio:—. Lo que recuerde.

Consuelo miró el vaso en las manos del muchacho.

—No recuerdo mucho.

***

Tenía dieciséis años en abril de 1971. Vivía en la misma casa que vive ahora, entonces era la casa de su madre y antes había sido la de la abuela. El pueblo, que entonces no tenía nombre de colonia sino de pueblo, era chico: dos calles con casas, una tienda, la presidencia municipal en el edificio más grande de la plaza. La gente se conocía de vista, aunque no siempre de nombre.

Bernardo Cisneros era un hombre de afuera. Había llegado meses antes con una mujer y dos niños chicos y

había rentado el cuarto al fondo de la casa de los Montoya, que estaban en deuda y necesitaban el dinero. Trabajaba en algo que nadie precisaba bien: iba y venía, llegaba tarde algunas noches, a veces traía cosas en bolsas que no descargaba a la vista. Eso fue suficiente. En un pueblo chico la ausencia de precisión es información.

Consuelo no lo conocía. Lo había visto dos o tres veces en la calle. Era un hombre de mediana edad, moreno, con el bigote que tenían los hombres de esa época. Caminaba rápido, con la cabeza un poco inclinada hacia delante, como quien siempre está llegando tarde a algún lado. Una vez, recuerda, le había comprado un solo jitomate a su madre en la tienda y había dicho gracias asintiendo levemente con la cabeza. Tenía los dientes de adelante un poco separados entre sí, eso también lo recuerda con claridad, se los vio fugazmente cuando dijo gracias, aunque a estas alturas no podría decir exactamente por qué su memoria decidió guardar ese detalle trivial. Su madre le contó después que pagaba puntual, que era callado, que los niños eran bien portados.

***

Ella estaba en la calle porque su madre la había mandado a casa de las Guerrero a devolver un molde que le habían prestado. El molde era de hojalata, pesado, y lo traía con las dos manos apretadas contra el pecho. Escuchó el ruido antes de entender qué era. En ese pueblo los ruidos tenían fuentes conocidas: perros, tractores, la campana de la iglesia en domingo. Este no tenía ninguna de esas fuentes. Era una mezcla confusa de voces graves que no llegaban a formar frases coherentes, y de algo más, un ruido sordo y húmedo que ella tardó varios segundos en identificar con horror como el sonido inconfundible de un golpe seco contra algo que definitivamente no es madera ni tierra, sino carne viva.

Cuando llegó a la esquina ya había quizás veinte personas. Consuelo no entró al centro del círculo. Se quedó en

el borde, entre dos hombres que no reconoció de espaldas, y el molde le pesaba y lo apretó más fuerte. Alcanzó a ver el suelo de tierra, el cuerpo inerte de un hombre tirado en el suelo, el bosque de piernas de la gente a su alrededor y, sobre todo, una mano que subía y bajaba rítmicamente. La mano pertenecía a un hombre con camisa de trabajo azul, eso lo recuerda demasiado bien, y el movimiento era uniforme, metódico, pausado, como el de alguien que lleva un rato haciendo lo mismo. No vio las caras.

Se fue antes de que terminara. Tomó por la calle de atrás, rodeó la manzana, entregó el molde a las Guerrero, volvió a su casa. Su madre le preguntó por qué se había tardado. Ella dijo que las Guerrero la entretuvieron con plática.

***

El muchacho tenía sobre las piernas un cuaderno abierto y un bolígrafo que no había usado, con la tapa del capuchón todavía puesta. La miraba mientras ella hablaba con los ojos fijos en su cara, sin bajarlos, como quien espera que la información siguiente sea lo que importa.

—¿Vio usted quiénes eran? —preguntó él, con el bolígrafo suspendido sobre el papel.

—Ya le dije que no —respondió ella, desviando la vista hacia la pared.

—¿Cuántos eran, más o menos?

—Unos veinte, quizás. La verdad es que no me detuve a contarlos bien.

—¿Y nadie declaró nunca? ¿Nadie dijo nada?

Consuelo miró el cuaderno en blanco. Las páginas eran cuadriculadas, del tipo que usaban los ingenieros, y el muchacho lo sostenía con la misma postura de quien espera dictar algo.

—Eso era 1971.

El muchacho asintió con una lentitud que significaba que entendía pero que también significaba que eso no era suficiente.

—Su abuelo tenía una familia —dijo Consuelo. Él la miró—: la mujer y los niños. ¿Qué pasó con ellos?

El muchacho tardó en responder:

—Mi abuela se fue a Hidalgo con su madre. Mi papá tenía cuatro años.

—¿Su papá vive?

—Sí. Él no quiso buscar. Dice que para qué.

***

En cincuenta y cuatro años Consuelo había declarado lo que sabía en exactamente cero ocasiones. Al principio tenía dieciséis años y medio y vivía en ese pueblo con esa gente. Luego se casó y tuvo hijos y había cosas más urgentes que lo que había pasado siete años antes de casarse. El pueblo se fue vaciando, los viejos murieron, los jóvenes se fueron a Toluca o más lejos, y la gente con quien habría podido hablar ya no estaba.

Una vez, en los ochenta, vino al pueblo un hombre con credencial que dijo ser periodista y que andaba haciendo preguntas sobre incidentes de los años setenta. Le tocó la puerta a ella entre otras. Consuelo le dijo que no recordaba nada de eso, que era chica, que no salía mucho. El hombre anotó algo en una libreta pequeña de espiral, le agradeció, se fue. Ella cerró la puerta y fue a la cocina a terminar de pelar las papas que había dejado en el fregadero. Sus hijos llegaron a comer a la una y nadie preguntó nada. Consuelo no supo si el hombre encontró lo que buscaba.

Al llegar a los cuarenta y tantos, empezó a pensar seriamente que quizás lo que había visto aquella tarde no importaba tanto. Se repetía que no había visto las caras, que no sabía quién era quién. Se convenció de que un testimonio

vago y sin nombres propios no sirve absolutamente para nada en ningún juzgado del mundo.

A los sesenta y tantos dejó de pensar en eso con la regularidad con que lo había pensado antes. Había cosas más inmediatas: la rodilla derecha, la pensión que tardaba, los hijos que llamaban poco. La memoria de esa tarde de abril se volvió algo que estaba ahí, como está el dolor de una muela que ya no duele.

Había mañanas en que se levantaba y tomaba el café y no pensaba en eso en todo el día.

***

El muchacho estuvo en silencio un momento. Afuera un perro ladró dos veces y paró. El televisor apagado tenía la pantalla oscura y en ésta se reflejaba, muy pequeña, la ventana de la sala con la luz de la tarde.

—La señora que me dio su nombre —dijo por fin— mencionó que usted estaba cerca; que vio bien.

Consuelo no respondió.

—No es una acusación —sostuvo él—. Solo quiero saber qué pasó. Cómo fue. Quiero saber si sufrió.

Consuelo miró las manos del muchacho sobre el cuaderno en blanco. Las manos largas, los dedos delgados. El mentón que había reconocido sin saber nombrarlo. Se preguntó si el muchacho lo sabía, si alguien se lo había dicho, si había una foto del abuelo en su casa en la Ciudad de México que él miraba y en la que se veía a sí mismo, o si cargaba esa cara sin saber de dónde venía.

—Era un hombre tranquilo que una vez le compró un jitomate a mi madre —dijo ella con firmeza.

El muchacho la miró a los ojos, buscando una grieta.

—¿Eso es todo lo que recuerda? —preguntó.

—Eso es lo único que sé —mintió Consuelo, sosteniéndole la mirada.

***

Tiene setenta años y le duele la rodilla y el médico le dijo que el año próximo habría que pensar en operar, aunque operar a su edad no era sin riesgos. Tiene tres hijos: uno en Querétaro, uno en Tijuana, uno en la misma Toluca pero que no viene seguido. Tiene cinco nietos que conoce de foto porque no los ve con frecuencia. La casa es la misma donde nació, con la cocina que su madre amplió y la sala que ella misma reformó cuando se casó y el cuarto de servicio donde duermen los hijos cuando vienen en Navidad. En la pared del pasillo hay una mancha de humedad que aparece cada temporada de lluvias y que cada año promete mandar a tapar y cada año no tapa.

Puede ser diez años, puede ser tres, puede ser que la rodilla se opere bien y puede ser que no. Lo que tiene es lo de siempre: la mañana, el fregadero, el televisor a las siete, el rosario los viernes, aunque hace años que no va a la iglesia, la olla en el fogón y la olla que hay que apagar antes de dormirse.

***

Se quedaron un rato más sin hablar. El muchacho cerró el cuaderno, que seguía en blanco. Consuelo se levantó a recoger el vaso, que él no había terminado, y lo llevó a la cocina. Cuando volvió, él estaba de pie con la mochila al hombro.

—Si recuerda algo —dijo, y le extendió una tarjeta pequeña de papel—, puedo darle mi número.

Consuelo tomó la tarjeta. La sostuvo un momento en la mano sin leerla.

—Ya sé que vino desde lejos.

El muchacho asintió.

Consuelo abrió la puerta. El muchacho salió, bajó los dos escalones del umbral, caminó por la calle de tierra hacia donde había venido. La tarde estaba cayendo pesadamente

y todas las cosas proyectaban ya una sombra larga y estirada sobre el camino: la barda despintada del vecino, el poste de luz y la espalda encorvada del muchacho cargando su mochila. No se volvió, ni en la mitad del camino ni en la esquina. Consuelo se quedó en el umbral hasta que desapareció de su vista.

***

Cerró la puerta. Fue a la cocina, prendió el fogón bajo la olla que había dejado a la mitad, acomodó la tapa. La tarjeta la puso en el cajón donde guarda las pinzas y el destapador y la cinta adhesiva que siempre necesita encontrar.

Fue a la sala. Encendió el televisor. Eran las seis y cuarto y en el canal de siempre estaba empezando el noticiero, que a estas horas trae las noticias de Toluca: incendios, accidentes y el tráfico de la salida a México. Consuelo lo vio sin escucharlo, con el volumen bajo, sentada en el mismo sillón donde había estado el muchacho. Acomodó el cojín detrás de la espalda. El cojín quedó torcido de nuevo.

En la oscuridad del cajón de la cocina, sepultada entre las viejas pinzas oxidadas, el destapador de latas y los rollos de cinta adhesiva, la pequeña tarjeta blanca seguía ahí, esperando en silencio.

V Herencias sin clausura

La colección de insultos

La caja llevaba tres años en el clóset de la segunda habitación, debajo de una bolsa con ropa de invierno que Irene tampoco había abierto. Tenía una etiqueta con la letra de su madre: "Papeles varios". Era la última caja sin revisar de las diecisiete que trajo cuando vació el departamento. Las otras dieciséis ya estaban en bolsas negras o en donación o en el cajón del escritorio donde Irene guarda cosas que no tienen otro lugar.

Se decidió a abrirla únicamente porque el próximo martes tenía una cita ineludible con el notario y le urgía localizar el acta de nacimiento original de su madre para completar el complejo trámite de adjudicación del inmueble. El departamento de Torreón seguía figurando a nombre de su madre en términos estrictamente legales. Tres años después de la muerte todavía no había logrado venderlo: primero, por los documentos que faltaban; luego, por un comprador que se echó para atrás; después, por inercia.

El martes firmaba la venta con una pareja de Saltillo que lo iba a usar como inversión. Irene había ido a Torreón en noviembre a vaciar lo que quedaba, que era poco: algunos muebles sin valor y ese clóset que no abrió porque ya era tarde y el camión de regreso salía a las ocho.

El acta de nacimiento certificada no estaba por ningún lado en la caja. Lo que sí estaba, sepultado al fondo, era un viejo cuaderno escolar de pasta verde, tamaño carta y espiral metálico deformado, con las esquinas de cartón visiblemente dobladas por el uso y la humedad.

***

El cuaderno tenía ciento veintiocho hojas. Irene las contó esa noche, sentada en el piso de la segunda habitación con las rodillas dobladas, pasando las páginas una por una para ver cuántas estaban escritas: ciento seis páginas escritas; veintidós en blanco al final.

La caligrafía de su madre era apretada, pequeña y siempre inclinada hacia adelante, con los trazos verticales de las *íes* y las *des* inusualmente cortos, como si siempre le faltara tiempo o espacio. Se trataba exactamente de la misma caligrafía apresurada de las listas del súper, de aquellas notas adhesivas que solía dejar pegadas en la puerta del refrigerador y de la breve dedicatoria que incluía siempre dentro de los regalos de cumpleaños. Irene conocía ese trazo inclinado mucho mejor que su propia letra.

Cada entrada tenía la misma estructura: fecha en el margen izquierdo, en números; luego, un nombre o un apodo o una descripción breve; enseguida, lo que dijeron, entrecomillado, sin paráfrasis. Algunos tenían, debajo y con guion, una nota en letra aún más pequeña. Otros no tenían nada.

***

Los primeros eran de 1987. La madre tendría veinticinco años y vivía en Torreón, en un departamento que Irene nunca conoció, con una compañera de trabajo que se llamaba Susy. El primer insulto lo dijo un hombre en un camión: "Gorda". Así, solo. Sin contexto. La nota debajo decía: "Iba con Susy, ella no escuchó".

Irene trabajaba corrigiendo textos para una editorial mediana desde hacía ocho años. Pasaba entre seis y ocho horas al día leyendo sin leer, detectando errores de concordancia, comas faltantes, palabras repetidas. Siguió las líneas del cuaderno con el índice, como hacía con cualquier texto.

Enero 1988
Jefa de sección, Almacenes López.
"No sirves para nada, ¿cómo te contrataron?".

Marzo 1988
Tío Rober, en la fiesta de quince de la Lupita.
"¿Tú qué opinas? Si, total, nadie te preguntó".

Julio 1988
Vecino del 4B, escalera.
"Haga menos ruido, señorita, esto no es un corral".

Algunos eran de desconocidos; otros eran nombres que Irene reconocía: una tía por parte del padre que murió cuando Irene tenía diez años, el señor Fuentes que fue novio de su madre un año entero y que Irene recordaba como alguien que olía a tabaco y dejaba las tazas sin lavar. El señor Fuentes aparecía ocho veces en el cuaderno; la última entrada era de octubre de 1991: "Siempre supe que eras una mujer sin carácter". Sin nota.

Su padre aparecía cuatro veces. Irene no llegó a conocer a sus padres en matrimonio: su padre se fue cuando ella tenía tres años y la siguiente vez que lo vio fue a los catorce, en una comida incómoda en un restaurante del centro que ninguno de los dos solicitó. Lo que aparecía en el cuaderno era de antes: 1990, 1991, dos veces en 1992. La última mención a su padre decía textualmente: "¿Qué le vas a poder dar tú a una hija que crece sin padre?". Debajo, la nota aclaratoria añadía: "Lo dijo en el juzgado, justo al terminar la audiencia". Irene leyó esas palabras dos veces, sintiendo el frío del papel en las yemas de sus dedos.

***

Su madre sabía hacer tamales desde los doce años; lo mencionaba sin orgullo ni modestia, como dato geográfico:

aprendí en Navidad del setenta y tres, en casa de tu abuela, con una olla de aluminio que todavía existe. Irene la había visto hacer tamales dos veces, ambas en diciembre, con una concentración que tenía el ritmo de quien repasa algo que el cuerpo conoce por separado de la cabeza: la textura de la masa, el aroma picante del chile, el gesto definitivo del doblez, la nube húmeda del vapor.

De su madre, Irene recordaba sobre todo esa clase de movimiento autómata y preciso: el que ya no requería de una atención consciente para ser perfecto. Cómo cortaba el jitomate con el cuchillo chico, de atrás hacia adelante, con el pulgar metido y el peso de la mano. La ropa doblada sin mirar, con los pliegues en el lugar exacto. Al término de cada llamada telefónica decía "cuídate mucho" con la misma entonación, la primera sílaba un poco más alta, como quien cierra una puerta con cuidado para no despertar a nadie.

En el cuaderno había una entrada de marzo de 1995, el año en que su madre se mudó a la Ciudad de México. Decía: "Jefe de piso, empresa de mensajería, primer día. '¿Usted tiene experiencia o solo tiene buena cara?'". Nota: "Sí tenía experiencia. No respondí". Ese primer día en una ciudad que no conocía; recibir eso y tomar el metro después; llegar a donde fuera que vivía entonces, sacar el cuaderno, escribirlo con esa letra hacia adelante.

La primera vez que el señor Fuentes aparecía en el cuaderno era de agosto de 1990. La nota debajo decía: "No le respondí nada". La segunda, de noviembre del mismo año: "¿Cuándo aprendes a llegar a tiempo?". Nota: "Llegué cinco minutos tarde porque el camión no pasó". La quinta, de abril del noventa y uno, sin nota.

Las entradas del señor Fuentes se extendían por dos años. En esos mismos dos años, en algún diciembre, su madre había hecho tamales. No había manera de saber si cargaba esas palabras mientras doblaba las hojas de maíz, si el cuaderno era donde las sacaba, si eso alcanzaba.

Su madre murió en febrero de 2021 de una falla renal que progresó más rápido de lo que el médico había calculado. Irene llegó en tren desde la Ciudad de México y estuvo tres días en Torreón. Su madre pasó el segundo día dormida. El tercero habló poco y con esfuerzo, y lo que dijo fue sobre asuntos prácticos: dónde estaba el seguro del coche, quién tenía la copia de la llave del departamento, que la maceta del balcón necesitaba agua cada dos días. No mencionó el cuaderno.

***

La primera página del cuaderno no tenía fecha, solo una línea, con letra más grande que el resto, casi al centro: "Para no olvidarlo". Sin firma. Sin destinatario.

En sus ocho años como correctora profesional, Irene jamás se había topado con esta clase de objeto textual. Había revisado pacientemente diarios íntimos, memorias, cartas de despedida, listas de inventarios, minutas de juntas y contratos legales, pero absolutamente nada que funcionara con esa lógica interna tan implacable: una acumulación de daño recibido, sin análisis, sin narrativa, sin la pretensión de convertirlo en otra cosa. La fecha, el nombre, las palabras exactas entre comillas, sin una sola adjetivación de más. Su madre nunca escribió adjetivos calificativos como *cruel* o *injusto*, ni añadió notas al margen diciendo "me dolió". Escribió simplemente lo que dijeron, la transcripción pura del agravio.

Como correctora profesional de pruebas, Irene pasaba sus días laborales quitando obsesivamente lo que sobraba en los textos ajenos: el adverbio redundante que repetía lo que ya decía el verbo, el adjetivo que el sustantivo no necesitaba, la frase entera que reformulaba lo dicho en la anterior. Su madre no había aprendido a escribir de esa manera y aun así había producido, en ciento seis páginas, algo que ningún

editor le habría pedido recortar. Era el trabajo más austero que Irene había leído en toda su vida. Puso el dedo sobre las comillas de una entrada y lo dejó ahí un momento, luego pasó la hoja.

***

El cuaderno iba y venía entre ciudades. Había entradas de Torreón, de Monterrey, de la Ciudad de México cuando su madre se mudó en 1995, de un viaje a Veracruz que Irene recordaba porque tenía nueve años y se mareó en el camión. Había también periodos sin entradas: seis meses de 1993, casi todo 1999, tres años entre 2004 y 2007.

En 1993 su madre estaba en Monterrey, en una relación con un hombre que duró hasta el noventa y cuatro y del que Irene no sabía mucho salvo que existió. En 1999 empezó a trabajar en una empresa de seguros donde estuvo once años, el trabajo más largo que tuvo. Los años entre 2004 y 2007 eran en los que Irene tenía entre dieciséis y diecinueve, tiempo en que ella misma estuvo demasiado ocupada con sus propios asuntos como para notar mucho de su madre. Los periodos misteriosos sin entradas podían ser años tranquilos donde no pasó nada reseñable, años convulsos donde pasó algo tan grande que no cabía en el formato estricto del cuaderno, o simplemente años donde su madre perdió el hábito de la defensa propia y luego, por necesidad, lo retomó.

La última entrada registrada era del 4 de enero de 2021, apenas siete semanas antes de morir. Una vecina del edificio, encontrándola en el elevador: "¿Otra vez de compras? Con razón no le alcanza". Debajo, el espacio para la nota estaba vacío.

Irene releyó esa entrada tres veces. El 4 de enero su madre bajó al súper, en el elevador una vecina le dijo eso, subió a su departamento, abrió el cuaderno, lo escribió. Siete semanas después estaba muerta.

No había manera de saber si su madre sabía que iba a morir cuando escribió esa última entrada, probablemente no. La falla renal se detectó en enero y progresó en febrero. Era posible que el 4 de enero su madre todavía no supiera nada.

***

Irene cerró el cuaderno. Lo puso sobre la caja de papeles varios, que seguía abierta en el piso. Se quedó mirándolo.

El cuaderno no tenía destinatario. Su madre no le había dicho que existía, no había dejado instrucción de qué hacer con él, no lo había escondido ni lo había puesto en un lugar visible. Estaba en una caja con facturas del gas y dos manuales de aparatos que ya no existían y la póliza de un seguro vencido desde el 2014. No había señal de que su madre hubiera querido que Irene lo encontrara. Tampoco de que hubiera querido que no lo encontrara.

Irene pensó en tirarlo. Era el destino natural de algo que nadie había pedido y que nadie podía usar. No había evidencia judicial que requiriera las entradas, no había ningún nombre en el cuaderno que necesitara saber que estaba ahí, no había ninguna razón para conservar un registro de insultos recibidos por una mujer que llevaba tres años muerta.

No pudo, y no sabía exactamente por qué. Lo que había en el cuaderno era trabajo. Treinta y cuatro años de un trabajo pequeño y específico que su madre había hecho sin decírselo a nadie y que ahora estaba en sus manos porque no había ningún otro lugar donde pudiera estar. Tirarlo era como tirar algo que todavía funcionaba.

Lo puso encima del escritorio, junto a la computadora.

***

Fue a la cocina a calentar lo que quedaba del arroz. Eran las diez de la noche. Tenía que estar en la notaría a las nueve del martes y todavía no había encontrado el acta de nacimiento.

Mientras comía, revisó el celular. Había un mensaje de su vecino del 302, Jorge, que le pedía que, por favor, no pusiera la lavadora después de las diez porque el ruido llegaba a su cuarto. Era el tercer mensaje en dos semanas. La lavadora de Irene estaba del otro lado del departamento, frente a la ventana de la calle. Irene había medido una vez con la app el nivel de decibeles: cuarenta y dos. Menos que una conversación normal. Su departamento y el del 302 no compartían ninguna pared.

Respondió: "Ok". Dejó el plato en el fregadero y fue al escritorio.

Abrió el cuaderno en la última página escrita. La vecina del elevador, el 4 de enero. Pasó la hoja a la primera en blanco.

Las páginas en blanco tenían las mismas rayas horizontales que las escritas. El papel era ligeramente amarillo, de esa manera que tienen los cuadernos viejos que no fueron baratos ni caros. Irene puso la mano plana sobre la primera página en blanco y la presión dejó una marca leve que desapareció en segundos.

Fue al cajón del escritorio, tomó un bolígrafo.

Escribió la fecha en el margen izquierdo: "18 enero 2024". Debajo escribió: "302". Debajo, entre comillas: "'Por favor, no ponga la lavadora después de las diez porque el ruido llega a mi cuarto'". Puso el punto. Levantó el bolígrafo del papel.

Justo debajo de la cita, usando un guion y una caligrafía mucho más pequeña que la principal, Irene anotó la verdad técnica que su vecino nunca escucharía:

- La lavadora está instalada del otro lado del departamento, frente a la calle, y emite exactamente cuarenta y dos decibeles,

Hijo de la víctima

Los tornillos de cabeza hexagonal vienen exactamente en catorce medidas distintas y Mateo se sabe cada una de esas graduaciones de memoria desde que cumplió veintidós años. Las varillas corrugadas, en cambio, se miden por octavos de pulgada. Los clientes casi nunca conocen con precisión el diámetro técnico que necesitan, pero sí tienen claro lo que quieren construir, y es a partir de esa idea que Mateo realiza sus propios cálculos mentales: las pinturas de esmalte alquidálico requieren un tiempo de secado al tacto de cuatro horas, mientras que las de aceite necesitan al menos veinticuatro para curar (si el cliente ignora este detalle y uno no se lo advierte con claridad, las quejas por ampollas o desprendimientos en la superficie aparecen inevitablemente a la semana siguiente); las grapas de electricista son distintas a las grapas de tapicería, aunque tengan el mismo nombre, y el cable calibre diez aguanta hasta treinta amperes y el de doce, hasta veinte, y la diferencia entre los dos puede ser un incendio.

La ferretería se llama El Clavo. La puso el padre de don Arnulfo hace cuarenta años en la colonia Jardín y don Arnulfo la heredó con el nombre y nunca se le ocurrió cambiarlo. Mateo abrió esta mañana a las ocho, como todos los días de martes a sábado, pasó el trapeador por los pasillos antes de levantar la reja metálica, acomodó los *displays* de

cinta de aislar que siempre se caen de noche. Revisó el inventario de brocas que don Arnulfo había pedido el jueves al mayorista y que todavía no llegaba. Anotó en el cuaderno: "brocas pte.". A las ocho cuarenta entró el primer cliente, un hombre de obra que necesitaba collarines de dos pulgadas, y Mateo los tenía en el segundo cajón del pasillo de plomería sin necesitar buscarlos.

A las nueve llegó una señora que preguntó por pintura para exteriores, resistente a lluvia. Mateo le mostró tres opciones, le explicó la diferencia entre base agua y base aceite para una pared con humedad, y la señora eligió la más cara porque Mateo le dijo cuál aguantaba más. A las diez, un hombre joven mostró en su celular una foto de una cerradura y preguntó si tenían la pieza de repuesto. Mateo miró la foto, identificó el modelo, fue al cajón de chapas y cilindros, encontró un cilindro compatible. El joven preguntó si era exactamente igual y Mateo le dijo que era compatible, que no era lo mismo, y le explicó la diferencia para que lo decidiera él. El joven compró el cilindro.

***

La mujer llegó a las once y cuarto. Mateo la vio entrar desde el mostrador. No traía mochila de obra ni bolsa del mercado.

Aparentaba tener veintitantos años; cargaba una libreta de pasta negra bajo el brazo izquierdo y sujetaba el celular en la mano derecha con la pantalla encendida. Cargaba una mochila pequeña de aspecto costoso y calzaba unos tenis blancos inmaculados que, a todas luces, no habían pisado jamás el polvo de una obra civil. Se quedó mirando los pasillos con una curiosidad académica: las filas interminables de tornillería galvanizada, los rollos de manguera reforzada y la escala de brocas de alta velocidad.

—Busco a Mateo Servín —dijo.

—Aquí —respondió Mateo.

Ella puso la libreta sobre el mostrador y el móvil junto a la libreta, con la pantalla hacia arriba. La grabadora ya estaba encendida, el ícono del micrófono pulsando en rojo.

—Mi nombre es Sofía Garza —se presentó ella con una entonación estudiada—. Actualmente soy la coordinadora de un proyecto de investigación en la Universidad Iberoamericana de Torreón. Estamos integrando un archivo de memoria histórica sobre diversos casos de violencia de género ocurridos en la región y su caso específico apareció resaltado en nuestra base de datos.

Mateo conocía de sobra esa estructura sintáctica. Identificaba el patrón de memoria: proyecto de investigación, archivo histórico, base de datos estadísticos, *su caso*. Había escuchado variantes casi idénticas en 2009, cuando un reportero de *El Siglo de Torreón* acudió al local para redactar un especial sobre la impunidad a cinco años del suceso. En 2014, cuando una organización de la Ciudad de México estaba armando un mapa interactivo. En 2019, cuando una cuenta de Instagram posteó la foto de su madre con una vela dibujada con pixeles y su nombre puesto mal y Mateo les escribió para corregirlo y la respuesta fue un corazón.

—¿Qué necesita? —dijo.

***

Sofía necesitaba que Mateo hablara de su madre; que describiera cómo era ella, qué hacía, qué recuerda de los días antes del suceso; que contara cómo se enteró; que dijera qué pasó con el caso, si hubo sentencia, si alguien fue a la cárcel; que explicara cómo había sido crecer sin ella; que dijera cómo le había afectado.

Fue explicando con cuidado, sin apresurar, mientras Mateo escuchaba de pie detrás del mostrador con las manos apoyadas en el vidrio. La libreta seguía cerrada. El celular continuó grabando.

—Puede ser una conversación. No tiene que ser una entrevista formal. Lo que usted quiera contar.

Mateo esperó un momento.

—Mi madre se llamaba Esperanza Servín de Lara —dijo—. Murió el 14 de marzo de 2004. Tenía cuarenta y un años. Vivíamos en la colonia Guadalupe, aquí en Torreón. Trabajaba en una maquiladora de ropa, turno de seis a tres. El caso quedó sin resolver. El Ministerio Público archivó la averiguación previa en 2007.

Sofía anotó algo en la libreta con su letra pequeña e inclinada.

—¿Y usted cómo estaba en ese momento? ¿Cuántos años tenía?

—Dieciocho.

—¿Con quién se quedó?

—Con mi abuela materna. Dos años, hasta que terminé la prepa y empecé a trabajar.

—¿Y su papá?

—No vivía con nosotros.

Sofía asintió. Volvió a anotar.

—¿Puede contarme cómo fue ese tiempo? ¿Los primeros años?

***

El entierro fue en el Panteón del IMSS, parcela cuatro. A los tres días de la muerte fue al Ministerio Público a declarar y el agente le explicó en cuarenta minutos el estado de la investigación y le dio un número de expediente. Terminó la preparatoria en diciembre de ese mismo año porque ya estaba en el último semestre y no había razón para no terminarla. En febrero empezó a trabajar en la ferretería de una señora en la colonia Centro que necesitaba un encargado de mostrador. En 2008 don Arnulfo lo contrató para El Clavo y aquí lleva dieciséis años.

La abuela murió en 2011. Él fue el único familiar directo en el entierro.

Su nombre apareció en los periódicos en 2004, cuando un reportero de *El Siglo de Torreón* cubrió el caso durante tres semanas —no el nombre de él completo (lo llamaban "el hijo" o "el menor" porque en ese momento tenía dieciocho y el reportero creyó que todavía era menor de edad); eso no impidió que la nota dijera el nombre de su madre, la colonia donde vivían, el nombre de la maquiladora—. La nota quedó en el archivo digital del periódico. Con esos datos cualquier persona con tiempo y acceso a un buscador podía llegar a él. Sofía Garza tenía los dos.

Sofía dejó de escribir en algún punto y lo miró.

—¿Hay algo que quiera agregar? Algo que no le haya preguntado.

—No —dijo Mateo.

***

A las once cincuenta entró un cliente, un hombre con casco de obra y las botas embarradas de mezcla. Necesitaba tubo conduit de tres cuartos de pulgada, diez metros.

—¿Para qué uso? —preguntó Mateo.

—Instalación eléctrica en nave industrial. Tierra húmeda.

—Entonces rígido, no flexible. ¿Tienes accesorios o solo el tubo?

—Solo el tubo por ahorita.

Sofía bajó el bolígrafo sobre la libreta abierta.

—Los conectores los vas a necesitar de todos modos —dijo Mateo—. ¿Te los doy para que no vengas dos veces?

El cliente aceptó. Mateo caminó con paso firme hacia el pasillo de materiales eléctricos, midió y contó los metros de tubo rígido, seleccionó cuatro conectores metálicos de la caja de suministros, regresó al mostrador con el material

al hombro y procedió a realizar la cotización en silencio. El cliente pagó en efectivo. Mateo dio el cambio exacto sin abrir la calculadora. El cliente salió.

Sofía seguía en el mostrador. La libreta continuaba abierta con el bolígrafo encima, sin usarse.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó.

—Dieciséis años en este local. Antes trabajé tres en otro.

—¿Y siempre en ferreterías?

—Sí.

Sofía miró los pasillos un momento. Las filas de clavos organizados por longitud, los rollos de cable calibre doce, los botes de sellador alineados con las etiquetas hacia afuera.

—¿Le gusta?

—Sí —dijo.

***

Sofía cerró la libreta. La sostuvo con las dos manos sobre el mostrador.

—¿Puedo preguntarle algo directo?

—Ya lo está haciendo.

—¿Por qué no quiere hablar del tema?

Mateo acomodó el rollo de cinta de aislar que estaba torcido en el *display* frente a él.

—Sí hablé —dijo—. Le dije el nombre de mi madre, la fecha, la colonia, el expediente. Le dije cuántos años tenía y dónde me quedé. Si hubiera algo más que yo supiera y que le sirviera se lo diría.

—Pero no me habló de cómo fue para usted.

—No sé hablar de eso.

—¿Porque es difícil?

Mateo puso la cinta en su lugar. Cuadró el rollo para que quedara derecho.

—Porque lo que usted quiere es algo que yo no tengo. Usted ha venido buscando la historia de mi madre, pero la verdad es que yo no la tengo conmigo. Lo que poseo es

únicamente lo que me tocó vivir a mí, que es algo muy distinto. Lo que a mí me tocó experimentar fue el proceso de crecer sin una madre, y eso no encaja en una simple historia de violencia de género; eso es una ausencia privada, una realidad distinta que no tiene ni de lejos el mismo nombre que su archivo.

Sofía lo miró. Tenía el bolígrafo en la mano ahora, aunque la libreta seguía cerrada.

—Pero es parte de la misma historia.

—No para mí —dijo Mateo.

***

Sofía recogió la libreta y el celular, apagó la grabadora, guardó todo en la mochila.

—¿Puedo dejarle mi tarjeta por si cambia de opinión?

—Puede.

Sofía sacó una tarjeta de la bolsa lateral de la mochila y la puso en el mostrador. Era blanca, con el logo de la universidad y un código QR. Mateo la miró, pero no la tomó.

—¿Hay otros familiares de su madre con quienes pueda hablar?

—No sé dónde están y, si supiera, tampoco sería yo quien le diera sus números.

Sofía asintió. Se colgó la mochila. De momento, ninguno de los dos dijo nada.

—Entiendo. Gracias por su tiempo.

—Que le vaya bien —dijo Mateo.

Ella salió. La reja metálica timbró contra el marco y quedó oscilando.

***

A las doce diez entró el repartidor de la ferretería mayorista con el pedido de brocas que don Arnulfo había hecho el jueves. Mateo firmó la nota de remisión, contó las cajas,

revisó que los números correspondieran. Había dieciséis brocas de acero de media pulgada y el pedido decía veinte. Llamó al repartidor que todavía no había subido a la camioneta y le señaló la diferencia. El repartidor revisó la carga y encontró la caja faltante debajo de una bolsa de clavos.

Mateo procedió a guardar las brocas nuevas en su cajón correspondiente, el tercero en la escala del mueble de acrílico situado justo al lado de la caja registradora. Las fue acomodando meticulosamente por diámetro, de menor a mayor, asegurándose de que todas las etiquetas de identificación quedaran mirando hacia afuera, brillantes y perfectamente alineadas. Eran brocas de acero de cobalto, para metal duro, color dorado oscuro. El precio de lista era de ochenta y seis pesos cada una, pero don Arnulfo las vendía a noventa y cuatro porque había que considerar el flete.

La tarjeta de Sofía Garza seguía en el mostrador.

Mateo tomó finalmente la tarjeta con las yemas de los dedos. Leyó con desapego: "Sofía Garza Meza, Coordinadora de Proyectos, Centro de Memoria y Justicia, Iberoamericana Torreón". No se molestó en escanear el código QR. Abrió entonces el cajón profundo debajo del mostrador, allí donde don Arnulfo todavía guarda el viejo manual de la caja registradora que ya nadie utiliza. Depositó la tarjeta blanca en el fondo y cerró el cajón con un golpe seco.

A las doce veinticinco llegaron dos clientes al mismo tiempo, una señora que necesitaba pintura blanca para interior y un hombre que quería una llave Stillson del número doce. Mateo atendió a los dos en paralelo, llevando a la señora al pasillo de pinturas mientras le decía al hombre dónde estaban las llaves y cuál era el doce. Los dos salieron con lo que buscaban en menos de ocho minutos.

Mateo anotó las salidas en el cuaderno de inventario. Abrió el programa de la computadora donde registraba las entradas del día, escribió las brocas, el número correcto, el precio de costo, el precio de lista.

En la columna de observaciones escribió: “Pedido incompleto, diferencia resuelta con repartidor”.

Guardó el archivo. Cerró el programa. Salió a barrer el umbral de la entrada porque en las mañanas siempre se junta polvo del tráfico de la calle.

Índice

Presentación 7

I Herencias de sangre

El gen del abandono 15
La cara del violador 23

II Herencias de documento

El archivo del espía 33
Los planos del terremoto 42
Sin obituario 50

III Herencias de oficio

La técnica del falsificador 61
El algoritmo del abuelo 69
Segunda lengua 77

IV Herencias de silencio

La fotografía del fusilado 87
La testigo 95

V Herencias sin clausura

La colección de insultos 105
Hijo de la víctima 113

En Hijos de algo, el autor logra un cuentario que tensa las relaciones entre memoria, archivo y la búsqueda de identidad por los daños colaterales o secretos de linajes problemáticos. Con una prosa puntual donde el gesto concentra las intenciones de los personajes, este libro narrado desde distintas figuras filiales muestra unidad en sus obsesiones y un equilibro notable entre el *pathos* y la técnica, con finales en suspenso que gravitan en sus lectores.

Adán Medellín

En este conjunto de cuentos hilvanados por la memoria, descubrimos los artificiales cimientos que sostienen el pasado y los entresijos que construyen la identidad. A través de un mosaico variopinto de personajes —el padre ausente, el abuelo estafador, la madre soltera—, observamos los ejes que rebelan las oscuridades de nuestra condición humana. Con gran fortaleza narrativa, *Hijos de algo* destapa, sin clemencia, la caja de los secretos y nos habla de aquello que se quiere silenciar.

Iliana Olmedo

Hijos de algo parte de la perturbadora certeza de que no somos tablas rasas, sino flores, en todo caso, de árboles de raíces profundas y desconocidas. Rasgos físicos, maneras de mirar el mundo e incluso habilidades que derivan en profesiones determinadas se revelan en este libro como frutos envenenados y, a la vez, como encrucijadas éticas y cuestionamientos sobre la personalidad de cada individuo. Con una prosa bien lograda y rehuyendo la extendida moda del panfleto ideológico y los moralismos, el autor de este racimo de cuentos pone el foco en esa zona oscura donde entran en disputa el pasado no elegido y el presente, la aceptación del destino y la rebeldía.

Adán Brand

Universidad Autónoma del Estado de México

Secretaría de Identidad y Cultura